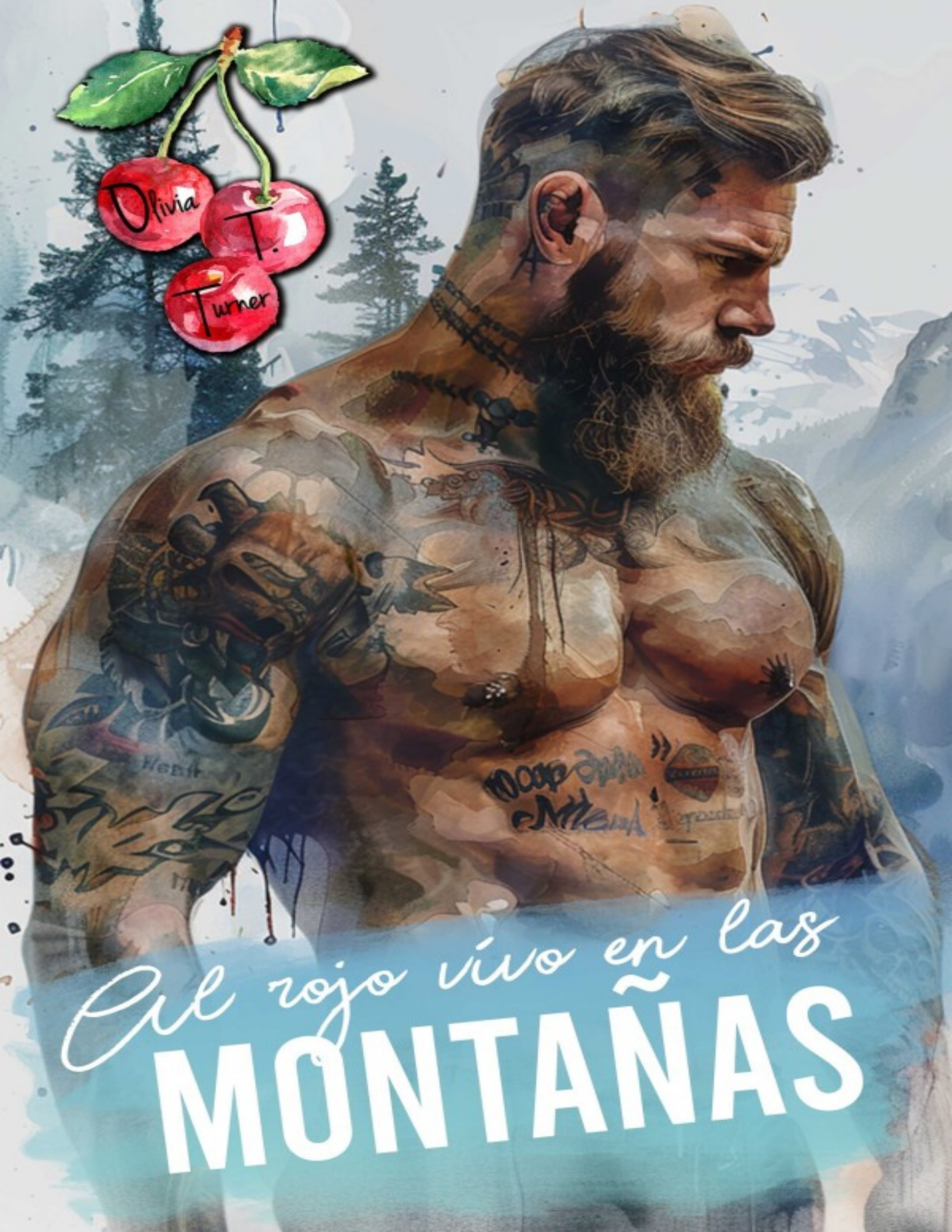

Olivia T. Turner
El rojo vivo en las
MONTAÑAS

AL ROJO VIVO EN LAS MONTAÑAS

LOS CHICOS DE LA MONTAÑA GREENE

LIBRO 10

OLIVIA T. TURNER

Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Al rojo vivo en las montañas

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

AL ROJO VIVO EN LAS MONTAÑAS

Mis novios literarios son siempre del tipo atrevido y aventurero.
El tipo de hombre que coge el mundo con sus fuertes manos y lo moldea a su voluntad indomable.
Pero eso es solo fantasía, ¿verdad?
Soy bibliotecaria infantil. Lo más atrevido que hago es probar un nuevo sabor de manzanilla.
No quiero nada de ese rollo de hombres fuertes y peligrosos en la vida real.
O al menos, eso es lo que creía…
Porque cuando mi biblioteca se incendia, James Shields entra pisando fuerte en mi mundo.
James es un bombero y un rudo montañés que pelea en jaulas por diversión.
No podríamos ser más distintos.
Pero me siento atraída por él de maneras que no puedo explicar.
Es como si mi novio literario hubiera saltado de las páginas para poner mi universo patas arriba.
Y va a hacer que viva la aventura de mi vida.

A Victoria le gusta ir sobre seguro, pero el montañés de James, con sus tatuajes sexis, su mirada ruda y su lado salvaje, le enseña lo divertido que puede ser un poco de peligro.

Amor a primera vista en estado puro, sin infidelidades y con un final feliz superdulce garantizado. Novela romántica y erótica autoconclusiva. ¡Que la disfrutes!

Para el bombero cañón de mi barrio que vino a revisar mi detector de humos la semana pasada.
Perdón por el desastre de casa y por el pijama lleno de polvo de Doritos.



CAPÍTULO UNO

Victoria

—Y así, amigos míos, es como se entrena a un unicornio.

Todos los adorables niños sentados a mis pies sueltan un quejido cuando cierro el libro.

—¿Puedes leerlo otra vez? —pregunta Carly, la pequeña pelirroja. Varias cabecitas más asienten.

—No, pero podéis llevároslo a casa por turnos —les digo con una gran sonrisa—. Y tenemos un montón de otros libros maravillosos llenos de aventuras e historias fantásticas para que elijáis.

Todos se levantan de un salto y empiezan a rebuscar en las estanterías su próxima joya oculta. No puedo evitar sonreír mientras los observo.

—Gracias, Victoria —me dice la madre de Carly—. La hora del cuento es una idea genial. Gracias por ponerla en marcha.

—¡Ha sido un placer!

—Has conseguido que a Carly le encanten los libros, y cada segundo que pasa leyendo es un segundo que no está aterrorizando a su hermana mayor.

Sonrío mientras veo a Carly coger un montón de libros de la estantería. Se le caen dos, que rebotan y se abren.

—Me alegra mucho oír eso —digo con una mano en el pecho. Lo único que quiero en la vida es que los niños lean, así que trabajar en la biblioteca infantil es el trabajo más gratificante del mundo. No podía creérmelo cuando me contrataron.

Estaba buscando ofertas de empleo para bibliotecarios en mi aburrida ciudad natal de Dakota del Sur cuando vi una vacante en las montañas Greene, Montana. La biblioteca parecía una monada. Me habría conformado con cualquier biblioteca, ¿pero una biblioteca infantil? ¿Y una que, además, estuviera construida en una antigua estación de tren y rodeada de montañas impresionantes? Era mi sueño hecho realidad.

Envié la solicitud sin hacerme ilusiones, pero tres semanas después me contactaron para una videollamada. Hablé con Gabby y congeniamos enseguida gracias a nuestro amor por los libros. Ella es la bibliotecaria jefa, pero la artritis le está dificultando cada vez más el trabajo, así que necesita ayuda. Me ofreció el puesto y, antes de darme cuenta, me estaba mudando a Montana. El pueblo es una preciosidad. Está rodeado por las montañas más espectaculares del mundo y no puedes dar dos pasos sin toparte con un río de aguas cristalinas, un lago resplandeciente, un roble centenario o un montañés cachas y enorme. No sé qué le echarán al agua por aquí, pero, madre mía. Los hombres de este lugar son de otro mundo.

Ha sido un mes maravilloso viviendo en las montañas Greene y no dejo de pensar que mi buena suerte no puede durar. La racha se tiene que romper. A ver, ¿un trabajo de ensueño en un lugar de ensueño? ¿Quién tiene *tanta* suerte?

Desde que llegué, he puesto en marcha todo tipo de iniciativas para que los niños y preadolescentes de la zona lean. Empecé a leerles cuentos a los niños los miércoles, viernes y sábados. Estoy intentando crear un club de lectura para preadolescentes, pero me está costando encontrar miembros. También he empezado a poner mesas fuera con filas de libros para animar a la gente que pasa en coche a que pare y vea lo que tenemos.

Gabby me ha dicho que los préstamos han aumentado un veintitrés por ciento desde que estoy aquí y estoy encantada con el progreso.

Es que es el lugar más adorable. Todo es de madera vieja y piedra antigua, con unos grandes ventanales curvos y un montón de pequeños y acogedores rincones por todas partes que son perfectos para acurrucarse entre cojines y perderse en un libro.

Incluso tenemos un raro ejemplar de la primera edición firmada de *La telaraña de Carlota*. Solo hay tres en el mundo y nosotros tenemos uno expuesto. Está detrás de un cristal, pero de vez en cuando me pongo los guantes blancos y suaves, lo saco y se lo enseño a los niños. Siempre me encanta ver cómo se les abren los ojos como platos cuando les muestro la vieja firma de tinta. Es uno de los monumentos de los que nuestro pueblo está más orgulloso.

Las madres y los niños empiezan a sacar sus libros y yo charlo con cada uno de ellos mientras están en mi mostrador. Me sé todos sus nombres.

La madre de Cynthia, Lauren, es la última. Es la gerente del gran y lujoso hotel del pueblo. Proceso sus libros y ella se queda remoloneando. —¿Oye, quieres que te presente a alguien?

Toso, casi ahogándome con mi propia saliva. —¿Perdona?

—Lo siento —dice, y sus mejillas empiezan a sonrojarse—. No pretendía ser indiscreta. Es que…, sé que eres nueva en el pueblo y… ¿Cuál es tu tipo?

—Todavía me estoy instalando —digo educadamente—. No busco salir con nadie.

—Ah, vale —dice, con cara de decepción por no poder jugar a la celestina con ella—. Es que… puedo preguntar por ahí, si quieres. Conozco a mucha gente del hotel.

—Estoy bien, gracias —digo, sonriendo aunque en realidad me apetece meterme debajo del mostrador y esconderme.

—Vamos, Cynthia —dice Lauren, ofreciéndole la mano. Cynthia corre a cogerla.

Me saluda con la mano mientras se va. —Adiós, señorita Hester.

—Adiós, Cynthia. Hasta la próxima.

Respiro hondo mientras se dirigen a su coche.

Qué silencio hay aquí ahora que tengo la biblioteca para mí sola.

¿Cuál es mi tipo?, me pregunto mientras paseo, mirando las pilas de libros de colores. Saco y enderezo cada libro hasta que los lomos

quedan alineados como una pared plana. Así es más agradable estéticamente. Resulta más acogedor.

La verdad es que no sé cuál es mi tipo. Tengo veinticinco años y nunca he tenido novio de verdad. Bueno, en cuarto de la ESO estuve con Chris Zimmerman, pero ni siquiera nos besamos y solo duró una semana antes de que le contara a todo el instituto la mentira de que me había metido mano por debajo del sujetador. Resultó que, definitivamente, él no era mi tipo.

Mis novios literarios son todos hombres audaces y aventureros, pero en realidad no es lo que quiero en la vida real. No, gracias. Prefiero acurrucarme con un libro gordo y una taza de té caliente, y los tíos así siempre están de un lado para otro. Salir con alguien de ese tipo afectaría seriamente a mi tiempo de lectura y no creo que me hiciera mucha gracia.

No estoy segura de lo que me gusta. Supongo que lo sabré cuando lo vea. Aunque todavía no lo he visto…

Unas voces me llaman la atención y me asomo a la ventana para ver qué pasa. Contengo el aliento, emocionada, al ver a un grupo de preadolescentes fuera. Hay tres chicos y una chica, ¡y están reunidos junto a mi expositor de libros!

—*Sí* —susurro mientras se me acelera el pulso—. *¡Mi expositor está funcionando!*

Es un día fresco de primavera, así que me pongo mi rebeca blanca y me aliso la falda de tubo de tweed mientras me dirijo a la puerta. Esos cuatro serían unas incorporaciones *perfectas* para mi club de lectura juvenil y quiero reclutarlos desesperadamente. Tengo un libro increíble pensado para ellos: uno lleno de espías, peligros, giros inesperados y un gato con mucho carácter. Les va a *encantar*.

Me ajusto las gafas de montura negra y salgo con aire desenfadado. Todos se giran hacia mí con cara de culpables. Uno de los chicos tiene las mejillas de un rojo intenso. Retroceden hacia sus bicicletas.

Jo. ¡No tienen por qué sentirse culpables por mirar mis libros! Para eso está el expositor.

—¿Veis algo que os guste? —pregunto mientras me acerco con una sonrisa.

El chico más alto camina hacia atrás a medida que me aproximo y tira su bicicleta.

—No pasa nada —digo mientras paso la mano por una cubierta brillante—. Podéis mirar. Incluso puedo haceros un carné de la biblioteca y os podéis llevar algunos a casa.

—Guay —dice la chica, apartando la mirada.

—Dejad que os haga una pregunta —digo en un tono severo mientras entrecierro los ojos para mirarlos.

Todos tragan saliva y me devuelven la mirada con la cara muy seria.

—¿Preferís audaces duelos de espadas en lejanos castillos mágicos o a astutos detectives resolviendo misterios desconcertantes? —les pregunto con una sonrisa de oreja a oreja.

Se me quedan mirando.

—O, quizás, un thriller tan engañoso que os… Un momento. ¿Eso que huelo es tabaco?

Empiezan a mirarse unos a otros, presas del pánico.

—¿Qué tienes detrás de la espalda?

El chico alto mueve el brazo y revela un cigarrillo encendido.

Me quedo boquiabierta. —¿Estás *fumando*? Espera un poco, ¡no estáis aquí por los libros! ¡Estáis aquí para *fumar*!

—No se lo digas a nuestras madres —ruega el chico alto—. Por favor.

—Desde luego que lo haría si supiera quiénes son vuestras madres —digo mientras me dirijo directamente hacia él y extiendo la mano—. Dámelo.

Me da el cigarrillo, voy hasta la papelera y lo tiro dentro.

—¿Sabéis lo malo que es fumar para vosotros? —digo mientras vuelvo junto a ellos—. Vaya, tengo un libro sobre el tema. ¿Queréis leerlo?

—No, gracias —dice la chica, mirándome raro.

—Bueno, pues si lo leyerais —digo fulminándolos con la mirada —, sabríais que fumar causa cáncer.

—Eh…, señorita bibliotecaria —dice el chico alto, mirando por encima de mi hombro.

—Y no un cáncer cualquiera —digo, intentando quitarles las ganas de fumar para siempre—. Cáncer de *pulmón*. ¡Sí! Fumar ya no mola tanto, ¿a que no?

—¡Ostras! —dice la chica mirándome con los ojos como platos.

—Pues sí —digo mientras me cruzo de brazos—. Ya lo sé. Es muy fuerte.

Uno de los chicos se sube a su bicicleta, aterrorizado.

—¿Y sabéis de qué color os pone los dientes? —digo, lanzándoles una mirada severa—. *Amarillos*.

—¡Oh, mierda! —dice el chico de la bicicleta.

—Pues sí —digo, asintiendo enérgicamente—. Ahora que lo sabéis, ¿diríais que fumar es de pringados?

—¡Señorita bibliotecaria! —chilla el chico alto—. Será mejor que se dé la vuelta.

Miro por encima del hombro y grito. Unas altas llamas salen de la papelera donde tiré el cigarrillo. La bandera del pueblo cuelga sobre ella y también empieza a arder.

—¡Oh, no! —chillo mientras entro corriendo en la biblioteca para coger el enorme extintor. Está cubierto de polvo y rezo para que funcione, pero a Gabby no se le dan muy bien los detalles como recargar extintores, así que no tengo ni idea de si va a salir algo de ahí.

Abro las puertas de madera de una patada y corro hacia allí. Un espeso humo gris se eleva hacia el cielo. La bandera en llamas ha caído sobre mi mesa expositora y ahora todos los libros de bolsillo viejos también están ardiendo. Crepitan y chasquean; las páginas se vuelven negras y se enroscan mientras las llamas las consumen.

—¡Cuidado! —les grito a los chicos, que miran boquiabiertos, mientras apunto el extintor a la mesa en llamas y aprieto la palanca. No sale nada. Solo un triste chorrito de polvo.

Lo tiro al suelo mientras las llamas empiezan a subir por las viejas paredes de madera de la estación de tren.

—¡No! —grito mientras el pánico se apodera de mí. No puedo quemar la puñetera biblioteca. ¡Este edificio lleva aquí doscientos años y voy a reducirlo a cenizas después de un mes! ¡Es un jodido Monumento Histórico Nacional!

Recuerdo la manguera que hay en el lateral del edificio y que usan los jardineros del ayuntamiento para regar las flores y, con el corazón desbocado, corro hacia ella. Cojo la pistola de riego y giro la boquilla. El agua me explota por todas partes, empapándome por completo y haciendo que me ahogue. La cierro, aprieto la pistola de riego, vuelvo a abrir el agua, cojo la estúpida manguera que gotea y regreso. Los cuatro chicos están subidos a sus bicicletas, observando en estado de shock.

—¿Alguien tiene un móvil? —les grito.

—No nos dejan tener móviles —dice el chico alto.

—¡Pues vaya puta maravilla! —grito—. Perdón por el taco. Estoy muy estresada. Id al parque de bomberos y decidles que vengan. Por favor.

Echan un último vistazo a las llamas que consumen rápidamente la pared de madera, se dan la vuelta y se alejan en bici tan rápido como se lo permiten sus piernecitas sin móvil.

Apunto la boquilla de la manguera a las llamas y la abro. El agua sale a borbotones y me empapa aún más.

—¿Qué coño le pasa a esta puta manguera? —grito mientras le doy un golpe seco.

Las llamas se cuelan por las ventanas abiertas y prenden las cortinas de dentro. Todo es tan viejo ahí. Es como un polvorín. Si las llamas alcanzan esas estanterías, es que… Ni siquiera quiero pensarlo.

Me centro en lo que puedo controlar: la manguera. Aprieto la boquilla con un gruñido hasta que deja de gotear. El agua sale con más fuerza, pero aun así no es rival para el rugiente fuego.

Lo único que puedo hacer es mirar con horror cómo el trabajo de mis sueños se convierte literalmente en cenizas ante mis ojos llenos de lágrimas.

CAPÍTULO DOS

James

—¡Me encantan las Noches de Pelea! —dice Doug mientras golpeo el saco de boxeo en la esquina del parque de bomberos.

Se le hace la boca agua mientras me mira, pensando en toda la pasta que va a ganar apostando en mis peleas de esta noche.

Aprieto los dientes y estrello los nudillos contra el saco pesado con un gruñido, sacudiéndolo en la cadena.

A mí también me encantan las Noches de Pelea. Cada tercer jueves de mes es Noche de Pelea en The Cracked Barrel Saloon, un bar de mala muerte a las afueras del pueblo. Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que le he pegado a alguien. Necesito mi dosis de adrenalina y la voy a conseguir esta noche.

—Tú vienes, ¿verdad? —le pregunta Doug a Mason, que está limpiando el capó del camión de bomberos.

—¿Podré ver cómo le parten la cara a James? —pregunta Mason con una sonrisa.

—Nop —digo mientras cambio el peso de un pie a otro, con los ojos fijos en el saco—. Pero verás esto. —Suelto una combinación feroz, golpeando el saco seis veces en un instante y rematando con una patada fuerte.

—Aun así, me apetece verte recibiendo un puñetazo en la cara —dice Mason con cara de pena.

—Yo voy a ir pronto para coger una mesa al lado de la jaula —dice Doug.

—Esa que es alargada no —se queja Mason—. La última vez me salpicó sangre por todas partes.

—Jefe, ¿usted viene? —grita Doug.

Graham, el jefe del parque de bomberos, baja las escaleras. Todos nosotros estamos en la veintena, pero el jefe tiene más de cincuenta. Aun así, está cachas y probablemente más fuerte que todos nosotros. Definitivamente, tiene esa fuerza de hombre mayor, aunque las señoras del pueblo piensan que es más un zorro plateado que un viejo. —¿Qué?

—¿Va a venir a la Noche de Pelea? —pregunta Doug—. Vamos a ir todos a ver a James patear algunos culos.

—Si vais a ir todos —dice, mirándolo como un padre a su hijo no muy avispado que acaba de soltar una estupidez—, ¿quién se va a quedar trabajando?

Doug cae en la cuenta. —Ah, claro. Mierda.

—Yo me quedo —dice Graham—. Id vosotros, chicos, y divertíos. Procurad no romperos ningún hueso. Y estáis todos de guardia, así que no os emborrachéis demasiado.

Cojo la toalla y me seco el sudor del cuello tatuado mientras cuatro chavales entran en bicicleta en el parque de bomberos como si los persiguiera un dragón.

—¡Fuego! —grita el más alto, jadeando mientras mira a su alrededor con los ojos desorbitados.

Graham se acerca a ellos, todo profesionalidad. —¿Dónde?

—En la biblioteca infantil.

—¡En marcha! —grita.

Mi turno ha terminado, pero no pienso perderme esto. Mason y Doug se meten de un salto en sus trajes mientras Graham arranca el camión. Pasan unos quince segundos desde que ese chaval ha dicho «fuego» hasta el momento en que salimos del parque. Mi chaqueta está en mi taquilla, así que solo me da tiempo a coger las botas, los

pantalones y el casco. Voy a este incendio en camiseta interior blanca.

Graham enciende las sirenas y recorremos la calle a toda velocidad. Todo el mundo se gira para mirarnos a nuestro paso.

Un niño me saluda con la mano. Le devuelvo el saludo.

—Joder —dice Mason cuando vemos el humo negro que se eleva hacia el cielo—. Creía que era una broma de esos críos, pero esta mierda es un incendio de los gordos. La biblioteca está ardiendo de verdad.

—Al menos es la biblioteca y no algo bueno como el salón recreativo —dice Doug mientras mira por la ventanilla.

—¿Lo dices en serio, tío? —pregunta Mason, negando con la cabeza.

Doug parece confuso. Suele parecer confuso, así que no es nada fuera de lo normal. —¿Qué?

—¿Es que sabes leer?

—Callaos ahí detrás —brama Graham mientras toma una curva tan cerrada que me aplasto contra la ventanilla—. Tenemos que actuar rápido. Ese lugar es Patrimonio Nacional.

—¿Por qué? —dice Doug—. Si solo son libros.

—El edificio, idiota —responde Mason, poniendo los ojos en blanco.

—Joder —dice Graham cuando doblamos una esquina y lo vemos. Las llamas están devorando la antigua estación de tren. Grandes columnas de humo negro se elevan hacia el cielo.

Se me acelera el pulso a medida que nos acercamos. La idea de meterme en ese edificio en llamas hace que cada célula de mi cuerpo cobre vida. Me flipan estas cosas. Me encantan.

Ha pasado demasiado tiempo desde que hemos tenido un buen incendio y estoy deseando entrar ahí.

Salgo disparado del camión antes de que Graham pueda siquiera echar el freno.

—¿Hay alguien dentro? —le grito a la señora que sostiene la manguera. Es como si intentara apagar un volcán en erupción con una pistola de agua. Esa cosita no va a hacer nada para detener ese infierno. Aun así, es valiente por intentarlo.

—¡No! —grita—. Está vacía.

Sé que debería alegrarme de que no haya nadie en peligro, pero una parte de mí quería entrar corriendo y ser el héroe del día. En fin. Tendré que conformarme con esto.

Doug desenrolla la manguera y Mason la conecta a la boca de incendios. La arrastro hacia el edificio en llamas mientras se llena de agua. Se me tensan los músculos cuando la manguera intenta escapárseme de las manos como una serpiente furiosa. Flexiono mis brazos tatuados y la mantengo en su sitio.

—¡Listo! —grita Mason, y le doy caña.

Un tsunami de agua sale a presión y azota las llamas.

—Ya no tiene que hacer eso —le digo a la señora que está a mi lado.

Me giro hacia ella y toda la fuerza abandona mi cuerpo cuando veo su preciosa cara. Es solo un segundo, pero es suficiente para que la manguera se desvíe hacia un lado. El potente chorro de agua le da a Doug de lleno, empapándolo al instante, antes de que yo recupere el control y lo dirija de nuevo hacia el fuego.

—¿Pero qué coño, James? —grita él, escupiendo agua.

No le presto ninguna atención. No puedo. Toda mi concentración está en ella.

¿De dónde ha salido? ¿Cómo puede estar en *mi* pueblo sin que yo lo sepa?

—¡El agua! —grita ella, señalando el fuego. Miro y maldigo por lo bajo cuando veo que el chorro de la manguera está regando el jardín en lugar de las llamas. Lo dirijo de nuevo hacia el incendio e intento detener estos pensamientos obsesivos que se están formando en mi cabeza.

Céntrate en el fuego, me digo a mí mismo. *No se va a ir a ninguna parte.*

Apagamos las llamas y cortamos el agua antes de causar más daños a la estructura. La mitad está bien, pero la otra mitad es un desastre humeante y chorreante. La gran chimenea de ladrillo se derrumba y una nube de polvo y ceniza llena el aire.

Ahora que el fuego está apagado, vuelvo a centrar mi atención en el ángel que tengo a mi lado.

Es despampanante. No me lo puedo creer. Se me corta la respiración. Mi cuerpo entero se queda inmóvil mientras la contemplo con asombro. Tengo miedo de decir nada por si desaparece.

Sus esbeltos hombros suben y bajan con respiraciones entrecortadas mientras mira horrorizada el edificio humeante. Está empapada. Su pelo castaño se le pega a la cara y hay pequeñas gotas de agua en los cristales de sus gafas de montura negra. Lleva el jersey blanco abierto y la camisa blanca de debajo está calada. Trago saliva cuando veo el contorno de su sujetador sobre sus pechos turgentes.

El corazón me martillea mientras recorro con mi mirada voraz su larga falda ajustada, con la tela oscura y húmeda moldeada a sus esbeltas y sensuales curvas.

Pero es su preciosa cara lo que de verdad me cautiva y me atrapa. Esos labios suaves, sus adorables orejitas, su sexi barbilla que solo quiero coger con la mano para inclinar su rostro hasta que me mire a los ojos.

Me estoy enamorando perdidamente de ella y apenas sabe que existo. Mira el edificio con una expresión atónita. Creo que puede estar en estado de shock.

Me tiemblan las manos al acercarme a ella, y a mí *nunca* me tiemblan las manos. He entrado corriendo en edificios en llamas y me he metido en jaulas de lucha con los hombres más grandes y malvados que uno podría encontrarse, y nunca me temblaron las manos. Pero, de pie frente a este ángel, me tiembla todo el cuerpo.

Ni siquiera sé cómo se llama, pero sé que es la mujer de mi vida.

—¿Está bien? —pregunto con una profunda ronquera en la voz que no suelo tener.

Eso la saca del trance en el que se encuentra. Se vuelve hacia mí y es como si alguien me estuviera retorciendo el corazón desbocado cuando sus hermosos ojos color avellana se encuentran con los míos.

Lo único que puedo hacer es mirarla con asombro. Es… perfecta.

Me mira durante un largo instante, luego se vuelve hacia el edificio y rompe a llorar.

—Oh, mierda —susurro mientras busco ayuda con la mirada. Los chicos están entrando.

No sé qué hacer. Las mujeres que lloran siempre me hacen sentir incómodo. Me crié con tres hermanos y la madre más dura del mundo, así que no estoy acostumbrado a esto.

—Ehm… —digo mientras alargo la mano para tocarle el hombro. La retiro antes de hacerlo—. No está tan mal. La mitad no se ha quemado.

El techo se derrumba en el peor momento posible y ella solloza aún más fuerte.

Quiero acercarme a ella, quiero arreglarlo todo, quiero secarle esas lágrimas de sus brillantes ojos color avellana y poner una sonrisa en su cara, pero me quedo paralizado sin saber cómo conseguir nada de eso.

—No pasa nada —susurro mientras finalmente le toco el hombro.

Se deshace en sollozos.

Algo dentro de mí hace clic —un impulso primario de cuidar de mi chica— y la rodeo con mis brazos protectores. Ella se hunde en mi pecho y llora mientras la abrazo con fuerza, jurándome a mí mismo que cuidaré de esta mujer para siempre.

La dejo llorar todo el tiempo que necesite. Podría abrazarla así eternamente. Simplemente disfruto de tenerla en mis brazos.

Finalmente, se aparta y se seca los ojos por debajo de las gafas. Sorbe por su adorable naricita y odio tener que apartar las manos de ella.

—Todo va a salir bien —le susurro—. Nadie ha resultado herido.

—Pero todos los libros —dice, con la barbilla temblorosa mientras mira los restos humeantes—. El precioso edificio. ¡Oh, no! ¡*La telaraña de Carlota*!

Sé de lo que habla. La biblioteca tiene un ejemplar raro del clásico libro infantil. Por lo visto, es algo muy importante.

—Estaba detrás de un cristal —digo en un tono suave y tranquilizador—. A lo mejor está bien.

Una lágrima se desliza por su mejilla y se me revuelven las entrañas al verla gotear desde su mandíbula. Odio que esté triste. Quiero ver su hermoso rostro lleno de gozo y felicidad. Quizá ver

que el raro ejemplar firmado de *La telaraña de Carlota* está bien haga que sus lágrimas dejen de brotar.

—¡Doug! —grito cuando lo veo en la entrada—. ¿Qué ha pasado con *La telaraña de Carlota*?

—Voy a comprobarlo —me responde a gritos y luego entra. Vuelve un minuto después con el libro impecable en la mano. Lo sostiene por encima de su cabeza—. No ha sufrido ningún daño.

—¿Ve? —digo, sonriéndole—. Una buena noticia.

Un atisbo de esperanza aparece en su rostro mientras observa.

Y entonces Doug, el idiota, resbala en la piedra mojada y deja caer el libro en un charco de agua. —Oh, mierda —masculla mientras lo recoge. El agua chorrea de él. El libro está arruinado.

Yo solo niego con la cabeza.

Mi chica simplemente solloza.

CAPÍTULO TRES

Victoria

Me siento *fatal*.

Tengo el estómago hecho un nudo mientras veo a los bomberos limpiar mi desastre. Me muero de la culpa.

¿Qué se supone que le voy a decir a Gabby? No ha sido más que amable y comprensiva al darme este trabajo y lo he fastidiado todo. He reducido a cenizas un lugar de Patrimonio Nacional. He destruido una pieza de incalculable valor de la literatura americana. La vergüenza me está consumiendo.

Los chicos vuelven con sus bicicletas, mirando los restos con incredulidad.

Me dirijo directa hacia ellos. —Dadme los cigarrillos.

El más alto se mete la mano en el bolsillo y me da una cajetilla aplastada sin dudarlo. Abro el paquete, saco el mechero y un cigarrillo, y lo enciendo. Los chicos observan cómo doy una calada profunda, aspirando el glorioso humo.

Soy una mala influencia, pero ahora mismo, me da igual.

Algo se derrumba dentro del edificio y casi me echo a llorar otra vez. No puedo creer que haya hecho esto. Acabo de arruinar lo mejor de mi vida y una de las mejores cosas de este pueblo cálido y acogedor que me recibió como a una de los suyos.

Uno de los bomberos se acerca pavoneándose. No el que estaba bueno con la camiseta interior y los tatuajes que me sostuvo en sus cálidos y reconfortantes brazos. El otro. El torpe de las orejas grandes y bocazas que dejó caer Charlotte's Web en un charco.

—Parece que necesitas una copa —dice con una sonrisa arrogante. Quiero apagarle el cigarrillo en la frente—. ¿Puedo invitarte a una?

¿Este tío en serio está intentando pedirme salir?

—Oh, no te disgustes —dice, encogiéndose de hombros—. Solo son libros. Yo no leía libros de niño y mira cómo he salido.

—Dios mío…

Lo digo en voz alta sin querer.

No parece darse cuenta. Creo que hay muchas cosas que se le escapan sin que se dé cuenta.

—Soy Doug Douglas —dice. Un momento, ¿está *marcando músculos* ahora mismo?—. Prácticamente estoy al mando de la estación de bomberos. En fin, que los chicos y yo vamos a ir al The Cracked Barrel Saloon esta noche para la Noche de Lucha.

Lo miro asombrada mientras le doy una calada al cigarrillo. ¿En serio está intentando invitarme a salir al The Cracked Barrel Saloon? He visto ese sitio al lado de la autovía. Parece un bar de mala muerte de los que frecuentarían algunos de los novios de mis libros.

—¿Has dicho Noche de Lucha? —No quiero seguir hablando con este tío, pero ha despertado mi curiosidad—. ¿Qué demonios es la Noche de Lucha?

Asiente. —Sí, cada tercer jueves de mes, el propietario, Marvin, organiza peleas a puño limpio en una jaula en la trastienda del bar.

—Mola —dice uno de los chicos.

—No mola —le digo—. Es una barbaridad.

—Sí, está bastante bien —dice Doug Douglas, asintiendo—. James va a pelear.

—¿Quién es James? —pregunto.

Señala al bombero bueno que me estaba consolando antes. El que sujetaba la manguera como un sexi dios del fuego. No deja de mirarme con esos ojos marrones tan ardientes. Cada vez que lo hace, me recorre un pequeño escalofrío de emoción.

Mi cuerpo sigue anhelando esos grandes brazos tatuados. Me sentí tan bien cuando me abrazó. Quiero volver a sentirlo.

Sentí como si estuviera en caída libre hasta que esos brazos fuertes y reconfortantes me sujetaron e impidieron que me precipitara al oscuro abismo. Me mantuvo con los pies en la tierra. Me mantuvo cuerda.

Esos sexi ojos marrones me encuentran de nuevo y rápidamente tiro el cigarrillo al suelo, aplastándolo con el pie esta vez.

Se mueve como una pantera mientras se dirige a la manguera. Debe de pesar una tonelada, pero la levanta con facilidad y se la echa sobre su hombro grande y redondo. Noto que no le gusta que Doug hable conmigo. No para de lanzarle miradas feroces como si fuera a arrastrar a Doug a la jaula esta noche para darle una lección.

Una parte oscura de mí —la parte que me gusta mantener oculta, la que siente lujuria por los chicos malos que son novios en mis libros— se rebela y empieza a manifestarse. Quiere ver a James en esa jaula esta noche, agarrando a otros hombres y golpeando sus cuerpos con el puño. Quiere oír los gruñidos y ver el sudor. También quiere mucho más que eso, pero aún no estoy lista para desatarla del todo.

—Seguro que esta noche me apetecerá una copa —digo mientras observo a James llevar la pesada manguera al camión.

—¡Genial! —dice Doug con una gran sonrisa tonta en la cara—. Es una cita.

Me vuelvo hacia él con una mirada mordaz. —No. No es una cita. Voy a ir sola.

—Guay, guay —dice, asintiendo—. Te recojo a las siete.

—Iré en mi propio coche, gracias.

—¡Te guardo un sitio en nuestra mesa!

Respiro hondo mientras me abrocho el jersey empapado. —Vale. Gracias.

—¡Tenemos que irnos! —grita el apuesto jefe de pelo canoso—. Tenemos otro incendio al otro lado del pueblo.

Se acerca a toda prisa para hablar conmigo. —No se preocupe, el fuego está completamente extinguido y no hay posibilidad de que se

reavive. Llame a la alcaldesa. Ella la ayudará con los siguientes pasos.

Doug sonríe mientras camina hacia atrás en dirección al camión. —¿Dos incendios en un día? Debes de traer buena suerte.

Yo no llamaría reducir a cenizas el edificio más bonito del pueblo tener buena suerte, pero en fin.

—¡Nos vemos esta noche! —dice antes de darse la vuelta y correr hacia el camión, que ya se está moviendo. Abre la puerta y se sube.

El camión gira y James aparece a la vista. Está de pie en el parachoques trasero, sujetándose de la barra. Sus ojos ardientes están fijos en mí.

Trago saliva con dificultad y le saludo con la mano.

Él asiente con la cabeza y el corazón se me acelera.

El camión de bomberos pasa a toda velocidad por la carretera con la sirena a todo volumen. No tardo en perderlo de vista.

Tras un largo instante, cuando la sirena se desvanece en el silencio, respiro hondo y me dirijo hacia el edificio humeante.

Se me revuelve el estómago mientras me acerco al charco y me quedo mirando *La telaraña de Carlota*, que está a su lado. Las páginas están hinchadas y la tinta de la firma se está corriendo. Está arruinado. Igual que mi trabajo e igual que la biblioteca.

Supongo que debería llamar a Gabby y contarle lo que he hecho.

Siento un vacío en el estómago mientras miro a ese cerdo feliz y empapado de la portada.

Madre mía, de verdad que voy a necesitar esa copa...

CAPÍTULO CUATRO

James

—¿Quién tiene dos pulgares y una cita cañón esta noche? —dice Doug mientras se pavonea por el parque de bomberos—. *Este* tío. —Sonríe de oreja a oreja mientras se señala el pecho con los pulgares.

—¿Estás seguro de que sabe que es una cita? —pregunta Mason, mirándolo raro—. Tenía cara de estar en shock.

—Es una cita —dice Doug, asintiendo con la lengua fuera—. Va a recibir el tratamiento Doug completo. Vamos a hacerlo a lo Duggy.

Me levanto tan rápido que la silla chirría al salir despedida hacia atrás.

Todos se giran hacia mí.

—¿Qué te pasa? —pregunta Graham mientras se quita el hollín negro de la cara en el lavabo—. ¿Estás bien? No tienes muy buena pinta.

—Voy a darle al saco —gruño mientras me marcho furioso a la parte de atrás.

—Guárdate algunos de esos puñetazos para esta noche —grita Doug mientras salgo de la sala—. Quiero ganar algo de dinero. Puede que necesite una habitación de hotel para luego.

Cierro la puerta de un portazo para no tener que oír su risa lasciva. El saco de boxeo cuelga en la esquina sin tener ni idea del

infierno que le voy a hacer pasar.

Flexiono los brazos y le doy con todo, estrellando los puños contra el saco con tanta fuerza que se aleja de mí. Me imagino la cara de Doug en el saco mientras lo golpeo con todas mis fuerzas.

Estoy cabreado. Con él, por coger lo que es mío. Conmigo mismo, por haberla dejado sola. Y también estoy enfadado con ella. ¿Es que no sabe que estamos hechos el uno para el otro?

Gruño y maldigo mientras le meto al saco una buena combinación de golpes, estrellando los puños contra él y rematando con una patada circular.

Al menos es la Noche de Pelea. No sé qué haría con toda esta agresividad contenida si no tuviera esa vía de escape esta noche.

Graham abre la puerta y entra sigilosamente. Me observa mientras le doy caña.

—¿Quieres hablar de ello?

—¿Hablar de qué? —gruño.

—De lo que te está haciendo convertir ese saco de boxeo en un amasijo informe. Parece un cigarrillo aplastado.

Doy un paso atrás y respiro hondo. Las marcas de mis nudillos están por todo el saco.

—¿Es por esa chica? ¿La bibliotecaria?

Hago restallar el saco con el puño.

—¿Por qué ha elegido a Doug?

Se ríe.

—¿Crees que ha elegido a Doug?

—¡Va a salir con él, ¿no?!

Sonríe mientras se quita el hollín de debajo de las uñas.

—Una vez, Doug me dijo que podía levantar ciento cuarenta kilos en press de banca. Le hice demostrarlo y apenas pudo con cincuenta y cinco. Otra vez, dijo que podía cocinar la mejor lasaña del mundo. Así que traje los ingredientes y casi quema la cocina. Esa noche comimos pizza.

Niego con la cabeza, recordando el desastre épico que montó.

—Me acuerdo.

—Doug es un fantasma de primera —dice riendo—. No puede evitarlo. Si te gusta la chica de la biblioteca, yo de ti no me rendiría

tan fácilmente.

Lo miro fijamente mientras abre la puerta.

—Solo es una idea —dice, encogiéndose de hombros antes de irse.

Todo encaja.

No le dijo que sí a una noche con él. Dijo que sí a una noche con todos nosotros.

Pongo la mano en el viejo saco de boxeo y sonrío de oreja a oreja.

Puede que le haya dicho que sí a Doug, pero, para cuando acabe la noche, me lo estará diciendo a mí.

CAPÍTULO CINCO

Victoria

No iba a venir. El Cracked Barrel Saloon no es el tipo de establecimiento que suelo frecuentar, pero era esto o pasarme la noche en casa llorando con una botella de vino. He elegido esto.

Pero ahora que he aparcado en el *parking*, no estoy tan segura de que haya sido la decisión correcta. Apago el motor y miro a mi alrededor, a todos los hombres rudos y desaliñados que andan por fuera del viejo edificio de madera gris desvaída y con letreros de neón brillantes.

Un gigante tatuado sentado en una moto le tira un cigarrillo encendido a otro motero que lleva uno de esos chalecos de cuero sin nada debajo. Me encojo en el asiento mientras empiezan a darse empujones.

—Debería irme a casa —susurro para mis adentros.

Pero la idea de que ese bombero sexi está ahí dentro me impide arrancar el motor.

Ha sido un día infernal. Después de que se fueran los bomberos, he llamado a Gabby para contarle lo que he hecho. No podría haber sido más amable; me ha dicho que no era culpa mía y que estaba muy aliviada de que nadie hubiera salido herido. Las dos hemos

llorado, pero me ha hecho sentir un poco mejor al decir que lo reconstruiríamos y que todo iría bien.

He llamado a la alcaldesa para informarla y luego he hablado con el seguro. Ha sido muy frustrante. Casi tiro el teléfono contra la pared.

Al parecer, hace unos años, tras unos recortes presupuestarios del ayuntamiento, se redujo la cobertura del seguro de la biblioteca. Así que solo van a cubrir la mitad del coste de las reparaciones. ¡La mitad!

No puedo creerme que no vayan a cubrirlo todo. ¡Le he dicho que el edificio era un Lugar de Patrimonio Nacional y no le ha importado lo más mínimo! O sea, ¡vamos! ¿Qué clase de monstruo no se preocupa por la alfabetización infantil?

Me enfado tanto al pensarlo de nuevo que salgo furiosa del coche y me dirijo con paso firme hacia el bar.

Todos los brutos y matones se giran y me miran estupefactos mientras me acerco a la puerta principal. Supongo que no están acostumbrados a ver a alguien como yo en un bar como este. Llevo una discreta falda gris por la rodilla y un jersey verde de manga larga con una camisa blanca de cuello debajo. Llevo el pelo recogido en una coleta y mis gafas de montura negra puestas.

—¿Es que ha cerrado la biblioteca? —se ríe el gamberro de la puerta mientras me mira de arriba abajo. A sus amigos les da la risa.

—Sí, ha cerrado —digo mientras levanto la barbilla y paso a su lado—. La he quemado.

El local está a reventar. Es un torbellino de humo de cigarrillos, rufianes a gritos y cerveza derramada.

Una espesa nube de humo se cierne sobre la ruidosa multitud de tíos que les gritan a los dos hombres sin camiseta encerrados en la jaula bárbara del fondo del bar, que en este momento se están moliendo a palos hasta sangrar.

Aprieto el bolso un poco más contra mí mientras recorro con la mirada la sala alborotada, buscando la mesa de los bomberos. Me sentiré más segura cuando esté sentada junto a James.

Doug Douglas está de pie en la larga mesa cerca de la jaula, saludándome con una gran sonrisa tontorrona en la cara. De verdad

espero que este hombre no piense que estamos en una cita. Ya se lo he dejado *muy* claro, pero algo me dice que tiene que oír las cosas varias veces antes de que se le metan en esa cabezota.

Me abro paso por el bar, preguntándome por qué el suelo está tan pegajoso.

—¡Eh, muñeca! —grita un bruto a mi paso—. Ven a sentarte en mi regazo.

Acelero un poco el paso.

—¡Apártese, señora! —me ladra la camarera al pasar como una apisonadora, llevando una cantidad impresionante de jarras de cerveza en las manos.

Aquí hay sobre todo hombres, lo que explicaría el olor a sudor rancio, pero hay algunas mujeres que parece que no han pisado una biblioteca infantil en su vida. De hecho, tienen pinta de que podrían intentar robarme en el baño. Si es que hay baño de mujeres en este sitio. Mejor me aguanto hasta llegar a casa, por si acaso.

El ruido sordo de unos nudillos golpeando carne se abre paso a través del rugido de la multitud. Echo un vistazo a la jaula con el alambre de espino enrollado en la parte superior y hago una mueca al ver toda la sangre que mana de las caras de los dos hombres.

¿Quién en su sano juicio se ofrecería voluntario para eso?

—¡Victoria! —grita Doug, haciéndome señas para que me acerque—. ¡Te he guardado un sitio!

—¡Siéntate, cabronazo! —grita alguien mientras le tira una jarra de cerveza vacía. Doug se sienta y se encoge un poco después de que la jarra de plástico le golpee en el hombro y rebote en el suelo.

Me apresuro a llegar a la mesa y me deslizo en la silla vacía. Está un poco demasiado cerca de la jaula para mi gusto, pero no voy a pedirles a todos que se muevan.

—Hola —les digo educadamente a Mason, a Doug y a los otros tres tíos que no conocí esta tarde. Todos son enormes hombres de montaña musculosos con barbas pobladas de varias longitudes. Sin embargo, no veo a James y siento una punzada de decepción.

—Este es Ethan —dice Doug, recorriendo la mesa—. Lincoln, Colton, y a Mason ya lo conociste antes.

Mason asiente con la cabeza y sonríe cálidamente. Está sentado justo enfrente de mí, lo cual me alegra. Parece un buen tipo.

—Chicos, esta es Victoria —dice Doug con orgullo—. Es mi cita.

—No —digo con tono firme—. No es una cita. Eso ya lo dejamos claro antes.

Doug pone cara de haber probado algo agrio. —Ya veremos qué pasa.

Lo miro fijamente. —*No* va a pasar nada.

Abre su bocaza, pero Mason lo interrumpe, sacándolo de su miseria. —El segundo incendio al que tuvimos que ir fue solo un microondas estropeado —dice—. Nada grave.

—Oh, qué bien —digo, aliviada. Esperaba que no fuese nada malo.

—Y de vuelta hemos pasado por la biblioteca —dice, asintiendo —. Los dos hombres de la jaula caen al suelo, al parecer peleando a muerte—. Hemos hablado con el jardinero y nos ha dicho que tiró a la basura unos trapos empapados en gasolina, así que no fue del todo culpa tuya.

Me enderezo en la silla. —¿En serio?

Mason asiente. —Sí, y que la bandera colgara justo encima fue mala suerte, sin más. Nunca debería haberse prendido fuego de esa manera.

—Gracias por decírmelo —digo, sintiéndome un poco aliviada. Sigue siendo una tragedia horrible, pero al menos parte del abrumador sentimiento de culpa se mitiga.

—Vamos a pedirte algo de beber —dice Doug, haciéndole un gesto a la camarera para que se acerque—. ¿Cuántos chupitos quieres?

—Quiero cero chupitos —digo en cuanto llega.

Tiene pinta de poder meterse en la jaula y patearles el culo a esos dos tíos mientras toma nota de las bebidas. Es muy intimidante.

—¿Qué quiere? —gruñe. Jolín, ya sé que este sitio no es el establecimiento con mejor reputación, pero la gente que atiende al público debería al menos recibirte con una sonrisa. ¿Es mucho pedir?

—Quisiera un daiquiri de fresa, por favor —le grito por encima de los rugidos y gruñidos que me rodean. Los tíos de la jaula se ponen en pie y vuelven a zurrarse.

—¿Quiere que le ponga una sombrillita? —pregunta, mirándome con cara de póker.

—No hace falta.

—¿Y unas vistas a la playa?

Ah. Me está tomando el pelo.

—¿Es que no tienen daiquiris de fresa? —pregunto. Podría haberlo dicho sin más.

—No —dice, con la mayor cara de desinterés que le he visto a nadie en mi vida—. No tenemos.

Uno de los tíos asesta un puñetazo brutal y la camisa de la camarera se salpica de sangre. Retrocedo con un grito ahogado, pero a ella ni parece importarle.

—¿Vino blanco? —pregunto con una mueca.

—Está caliente y es de cartón.

Trago saliva. —Suena delicioso.

—Genial.

Se da la vuelta bruscamente y se va. Quizá debería haberme quedado en casa después de todo. Llorar abrazada a una botella de vino no suena tan mal ahora. Al menos el vino blanco de mi casa habría estado frío.

—¿Viene James esta noche? —le pregunto a Doug.

—Ya está aquí —dice, señalando una zona al lado de la jaula. El corazón se me acelera al ver a mi bombero favorito en vaqueros y con una sudadera con capucha. Lleva unos auriculares grandes y da puñetazos al aire mientras calienta. Esa sensación de mariposas que tuve en la biblioteca vuelve con fuerza mientras lo observo dar saltitos—. Él es el siguiente.

—Ah —digo mientras lo miro.

El más ensangrentado de los dos hombres de la jaula se desploma en el suelo y el otro luchador levanta los brazos en señal de triunfo. Me alegro de que haya terminado.

La multitud vitorea y el dinero cambia de manos a mi alrededor. Por lo visto, aquí también hay apuestas ilegales. Me pregunto si la

policía local lo sabrá.

Hago una mueca al ver cómo los amigos del hombre inconsciente lo sacan a rastras de la jaula. Deja un largo reguero de sangre en el suelo.

La camarera regresa con una innecesaria cara de fastidio. —Un vino blanco, extra caliente —dice mientras lo deja de un golpe delante de mí.

—Invito yo —dice Doug mientras apoya el brazo en el respaldo de mi silla.

—Yo me pago mis copas —le digo—. Por favor, quita el brazo de mi espacio personal.

A Mason se le escapa un resoplido, pero luego finge que ha sido tos cuando Doug retira el brazo con el ceño fruncido.

Le doy un sorbo al vino y tuerzo el gesto, preguntándome cuánto tiempo llevará abierta la botella. Me pregunto si la abrieron antes de que yo tuviera edad legal para beber.

—Nuestro chico sale ahora —dice Doug, inclinándose hacia mí—. He apostado trescientos pavos a su combate.

Mis ojos se desvían hacia James cuando entra en la jaula. Una oleada de emoción me recorre de la cabeza a los pies mientras lo veo hacer sombra. Es tan sexi. Tan oscuro y de ensueño.

Sé que no deberían atraerme los hombres como él, pero no puedo evitarlo. En los libros y las películas siempre he preferido a los villanos antes que a los héroes. Sobre todo a los que tenían un buen corazón bajo toda esa rudeza.

James se quita la sudadera y contengo la respiración mientras mis ojos se dan un festín con el espectáculo. No lleva nada debajo y me siento abrumada al contemplar todos esos músculos duros y tatuados.

No parece tener miedo en absoluto. Parece estar como en casa en esa arena bárbara, bajo las luces halógenas, con manchas de sangre y alambre de espino por todas partes. Su respiración es lenta y acompasada y su cuerpo está relajado y bajo control. Tiene una expresión serena en su rostro impecable mientras sacude sus grandes y redondos hombros.

—¡Pártele la cara, James! —grita Doug.

James mira hacia nuestra mesa y se queda de piedra al verme sentada entre sus amigos. La intensidad de sus ojos castaños aumenta al mirarme fijamente.

Le sonrío con timidez.

Él me devuelve la sonrisa, oscura y seductora.

Una profunda punzada se hace notar entre mis piernas. Aprieto los muslos mientras un calor lascivo me inunda el cuerpo.

—Ese es Marv —dice Doug, inclinándose—. Es el dueño del local.

Un hombre mayor con el pelo canoso, una camisa de franela y unos vaqueros que le quedan demasiado grandes entra en la jaula con un micrófono. —¡El siguiente es uno de los favoritos del público! —brama por los altavoces—. ¡El candente James Shields!

Los bomberos que me rodean golpean la mesa con sus grandes puños mientras gritan. Una cerveza se vuelca y Ethan la barre al suelo con la mano sin más. Eso explica lo pringoso que está todo.

—¿Tenemos algún valiente guerrero que lo desafíe? —brama Marv—. ¿Alguien lo suficientemente valiente como para enfrentarse a un bombero?

Miro a mi alrededor, esperando que nadie acepte el desafío. No quiero ver ni un cambio en la preciosa cara de James.

—Yo pelearé con ese gilipollas bombero —ruge una voz grave desde el fondo del bar. Se me encoge el estómago al ver el tamaño del mastodonte que marcha hacia la jaula. Es *enorme*. Y *aterrador*. Lleva uno de esos chalecos de cuero de motero y parece lo bastante fuerte como para romperle a James todos los huesos del cuerpo de un solo puñetazo.

James es puro músculo cincelado, pero este tipo parece un oso afeitado. Es simplemente grande, fuerte y malo. Se recoge el pelo largo y negro en una coleta y luego entra en el ring.

—Madre mía —susurro al ver la diferencia de tamaño. James es grande y alto —he estado a su lado antes—, pero este hombre es gigantesco.

Me moriré si veo que le hacen daño a James. Sería la guinda para un día que ya es una mierda.

Hecha un manojo de nervios, me inclino hacia Doug. —¿Podemos parar esto? Se va a hacer daño.

—A mi James no —dice con una sonrisa de suficiencia—. Ya verás.

Busco la ayuda de Mason con la mirada.

Se limita a sonreír. —Ya verás.

Ojalá tuviera la misma seguridad que ellos. James no para de lanzarme miradas ardientes mientras Marv caldea el ambiente para el combate. Me siento la chica más especial del mundo cada vez que me mira.

—Empieza lo bueno —dice Doug, frotándose las manos con entusiasmo mientras Marv cierra la jaula.

El gigantón ataca de inmediato, blandiendo esos puños monstruosos, pero James lo esquiva con facilidad. Le estampa el puño en las costillas al gigante como el ataque de una cobra y el hombre gruñe con fuerza.

—Yo le enseñé ese movimiento —dice Doug, intentando impresionarme.

—Qué va —dice Mason, riendo.

—¡Que sí! —dice Doug como un niño rabioso—. Fue antes de que tú empezaras.

Mason se ríe. —Sí, claro.

El tipo grande sigue intentando golpear a James, pero es demasiado rápido, saltando y esquivando los golpes como Muhammad Ali. Casi parece que está jugando con él.

—¡Estate quieto y pelea, joder! —grita el hombre, indignado.

—De acuerdo —dice James con una sonrisa. Afianza los pies en el suelo y deja que sus puños vuelen, atizándole al tipo en la cara y en las tripas con una ráfaga de golpes. Lo remata con una fuerte patada en las costillas que hace que el hombre haga una mueca de dolor y retroceda tambaleándose. Un hilo de sangre le corre desde la ceja mientras mira a James con puro odio.

—¡Ten cuidado! —grito cuando el gigantón carga contra él.

La concentración de James se rompe una fracción de segundo al mirarme y el grandullón lo aprovecha. Le da un puñetazo en el ojo. James se tambalea hacia atrás y choca contra la jaula mientras el hombre levanta los puños y lanza un grito de guerra. Sus amigos del fondo lo vitorean.

—Mala idea —dice Mason con una risita.

—Sí, va a pagar por eso —dice Colton, sonriendo.

Estoy fascinada, observando con asombro cómo James se recupera y fulmina con la mirada al gigante que lo celebra.

Trago saliva con dificultad mientras él se yergue y aprieta sus grandes manos en puños.

Lo que viene a continuación es como observar a un maestro en plena creación. Como escuchar a Beethoven al piano u observar a Miguel Ángel con un pincel.

A James no vuelven a tocarle. Se mueve y esquiva, hundiéndole los puños al hombre a voluntad. Es mucho más rápido, más listo y más fuerte. Desmonta al grandullón con facilidad hasta que este se tambalea, mareado.

—¿Dónde está el tipo de mi dinero? —dice Doug, mirando a su alrededor antes incluso de que acabe la pelea. Pero a estas alturas, el resultado es inevitable.

James carga hacia adelante y desata una andanada sobre el hombre. Hago una mueca al oír el chasquido sordo que finalmente deja al gigante inconsciente.

Se desploma y aterriza con los brazos sobre la cabeza.

—Este se me larga —dice Doug, levantándose de un salto de su silla y corriendo a buscar al tipo con el que había apostado.

No me vuelvo para ver qué pasa. Mi atención está fija en James mientras camina tranquilamente hacia su sudadera arrugada, tirada junto a la valla, y la coge.

Siento el cuerpo muy pesado mientras lo observo. Un deseo ardiente se enciende en mi interior y chisporrotea por mis extremidades.

Es el hombre más sexi que he visto en mi vida. Con diferencia. Ni punto de comparación.

Marv empieza a hablar por el micrófono al volver a entrar en la jaula, pero no oigo nada de lo que dice. Siento un hormigueo por todo el cuerpo mientras veo a James bajar los escalones y acercarse a nuestra mesa. Sus ardientes ojos marrones están clavados en mí.

Se me corta la respiración cuando aparta la silla vacía de Doug y se sienta a mi lado.

Me quedo inmóvil con él a mi lado. Es como sentarse junto a un animal salvaje. Uno grande, como una pantera o un león. No parece que pueda moverme.

—Menuda pelea —dice Lincoln mientras sirve una cerveza de la jarra y la desliza por la mesa. James la coge al vuelo y trago saliva al ver sus nudillos amoratados y ensangrentados. Me imagino lo que sentiría si esa mano fuerte se deslizara bajo mi camiseta y mis mejillas empiezan a arder.

—La pelea de la noche —dice Colton, levantando su vaso.

—Gracias —dice James mientras se pone la sudadera. Su voz es tan sexi. Profunda y ronca. Seguro que cantaría una canción de Johnny Cash de maravilla en un karaoke.

Se vuelve hacia mí y sonrío con timidez.

—Ha sido impresionante —digo, lo que es el eufemismo del siglo. Los amigos del hombre lo están sacando a rastras de la jaula detrás de él.

—He estado pensando en ti todo el día —dice en una voz tan baja que solo yo puedo oírle.

—¿Ah, sí?

Asiente. —¿Y tú has pensado en mí?

—Un poco —digo tímidamente. *Mucho. Obsesivamente.*

—Entonces, ¿por qué estás aquí con Doug?

—No estoy aquí con Doug —digo tan rápido que me mareo—. ¿Te ha dicho eso?

Asiente.

—No es verdad —le digo, desesperada por que me crea—. Le dejé *muy* claro que *no* era una cita. Me dijo que peleabas y yo...

—No pasa nada —dice con un atisbo de sonrisa—. No tienes que dar explicaciones. Ya conozco al tipo.

Le doy un gran sorbo a mi vino blanco caliente y pútrido y casi se lo escupo en la cara. Se me había olvidado lo asqueroso que estaba. Él sonríe mientras me observa tragarlo con los ojos llorosos.

—¿Quieres cerveza?

—Sí, por favor.

Me sirve un vaso y, aunque no me gusta mucho la cerveza, al menos está fría y es mejor que el vino.

—Oye, ese es mi sitio —dice Doug a su regreso, mostrando sus trescientos dólares.

James se limita a fulminarlo con la mirada, desafiándolo a protestar.

—No te preocupes —dice Doug mientras se dirige al otro lado de la mesa—. Seguramente necesites descansar un poco después de la pelea.

No puedo evitar sonreír. Me alegro de que James no se haya movido.

Me gusta tenerlo aquí, a mi lado.

CAPÍTULO SEIS

James

—No te tomes esto a mal —digo mientras me inclino hacia el oído de Victoria. Huele tan bien, como a magdalenas de vainilla—. No deberías estar aquí. No es un lugar seguro para ti.

Me mira y el corazón se me encoge en el pecho. ¿Cómo consigue hacerme esto siempre? Ese monstruo de la jaula no podría derribarme ni aunque lo intentara, pero esta chica preciosa puede ponerme de rodillas con un solo destello de esos ojazos inocentes.

No tiene ni idea del poder que ejerce sobre mí. Podría tenerme comiendo de su mano y yo estaría encantado con tal de estar cerca de ella.

—¿Quieres que me vaya?

Casi me muero al ver un atisbo de decepción en su cara. No quiero volver a ver eso nunca más.

—*No* —digo con una ferocidad que me sorprende—. Pero estos tíos… —Miro a mi alrededor—. Cuando se emborrachan, se ponen brutos. Después de medianoche, esto es un auténtico desmadre.

Podría protegerla de media docena de ellos. Quizá de más, y estoy seguro de que los chicos me cubrirían las espaldas, pero no es una situación en la que esté dispuesto a meterla. Algo podría salir mal. En una pelea siempre puede pasar lo inesperado.

—Vale —dice, sonriéndome con tristeza—. Supongo que debería irme yendo.

—Te acompaño al coche.

—Gracias.

Se levanta y los chicos la miran mientras saluda con la mano. —Bueno, me voy yendo.

Todos asienten y le sonríen educadamente. Todos menos Doug, que prácticamente está de morros al final de la mesa. Me importa una puta mierda.

—Ven —digo mientras me levanto y le ofrezco el brazo. Me rodea el brazo con la mano y el corazón me late con fuerza, dándome su aprobación.

Mis ojos registran las mesas en busca de peligro mientras la acompaño a la puerta. Soy como un pitbull que protege su posesión más preciada. Si alguno de estos cabrones se atreve a mirarla, le arrancaré los putos ojos. Todos nos evitan como si fuéramos invisibles. Son más listos de lo que parecen. Han visto de lo que soy capaz y no quieren saber nada del asunto.

El aire fresco de la montaña nos golpea al salir. Hay tres o cuatro tíos fumando junto a las motos, pero nosotros vamos en la otra dirección.

—Siento que tu biblioteca se haya quemado —digo—. Lo arreglaremos.

—Estoy desconsolada por ello —dice con un profundo suspiro cuando llegamos a su pequeño coche azul—. Se me revuelve el estómago cada vez que lo pienso. No puedo creer que hiciera eso.

Estábamos charlando dentro y me ha contado que el seguro solo va a cubrir la mitad del coste de las reparaciones. Quiero irrumpir en esa compañía y exigirles que traten bien a mi chica, pero sé que las cosas no funcionan así.

—No has hecho nada malo —le digo mientras cojo su delicada mano—. Ha sido un accidente.

—Uno estúpido.

—La gente comete errores —digo—. Eres una buena persona, Victoria. La mejor persona que he conocido.

Me mira con los ojos llorosos y eso me destroza. No sé cómo arreglarlo, pero lo deseo desesperadamente.

—Podemos recaudar el resto del dinero —le digo—. Ya se nos ocurrirá algo.

Me mira como si quisiera creerme, pero aún no está del todo convencida.

—Ya verás —digo, jurando que lo arreglaré—. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Nos miramos a los ojos y un deseo abrumador de besarla se apodera de mí. Lentamente, levanto la mano y le acaricio la mejilla. Ella gime cuando deslizo la mano por su pelo y doy un paso hacia ella.

Su pequeña y tímida mano se levanta y me toca el pecho. Me pregunto si podrá sentir cómo me martillea el corazón ahí dentro.

Me inclino hacia ella. Ella levanta la barbilla. Ambos gemimos cuando nuestros labios se unen en un beso suave y sensual. Deslizo mis manos por su espalda y ella me rodea el cuello con sus brazos. La atraigo hacia mí mientras saboreo su dulce lengua y exploro su boquita perfecta.

Sus labios son tan suaves. Se siente tan delicada en mis fuertes brazos. Intento ser lo más delicado posible, aunque cada célula de mi cuerpo me incita a perder el control.

No sé qué hace este ángel conmigo. Tenemos que sentarnos y tener una charla seria sobre su gusto en tíos. No debería acercarse ni de lejos a un tipo como yo.

Una mano firme se posa en mi hombro. Gruño de indignación cuando me apartan bruscamente de mi chica.

Me doy la vuelta, dispuesto a matar a quienquiera que acabe de hacer eso.

—Me has dejado en ridículo, joder —dice el tipo al que he noqueado. Su cara furiosa está ensangrentada e hinchada. Joder, hay gente que no sabe cuándo coño rendirse.

—Te has dejado en ridículo tú solo —siseo entre dientes—. Ahora, lárgate de aquí de una puta vez antes de que te despiertes en un hospital.

—Tú eres el que va a despertarse en un puto hospital —dice mientras retrocede y saca un cuchillo largo—. *Si* es que te despiertas.

—Sube al coche —le digo a mi chica mientras le abro la puerta—. Conduce a casa.

—No pienso dejarte —dice, presa del pánico.

—Estaré bien —digo con la voz más calmada que puedo reunir. La rabia me desgarra por dentro como un huracán ahora mismo. No puedo creerme que este puto gilipollas haya arruinado ese beso perfecto.

—James —dice, lanzándome una mirada significativa.

El tipo se abalanza y ella grita. Le doy una fuerte patada en el estómago y retrocede tambaleándose.

—Vete a casa —le suplico. Como no se mueve, la empujo suavemente hacia el coche y cierro la puerta.

Este capullo me ha hecho empujarla… Es un puto hombre muerto.

Blande el cuchillo, pero lo esquivo y le agarro la gruesa muñeca. Veo un destello de pánico en sus ojos cuando se da cuenta de lo jodido que está. Le retuerzo la muñeca, presionando un punto de presión hasta que suelta el cuchillo con un grito. Cae al suelo con un tintineo y lo pateo debajo de un coche.

Le doy un cabezazo en la nariz y se le abre, chorreando sangre. Aún le controlo la muñeca, así que tiro de él hacia abajo y le doy un rodillazo en la cara tan fuerte que sus ojos se ponen en blanco. Su cuerpo se queda flácido en mis brazos. Lo dejo caer por segunda vez esta noche y voy a ver cómo está Victoria.

Ella baja la ventanilla y lo mira a él, que yace en el pavimento, con los ojos como platos.

—Todo está bien —le digo con una sonrisa tranquilizadora—. Vete a casa y hablamos pronto.

Me devuelve la mirada y asiente. Se lo está tomando todo bien, aunque parece un poco en estado de shock. No quería que me viera en este ambiente. No así. Ni siquiera iba a pelear esta noche, pero como no ha aparecido, tenía demasiada energía que quemar.

No quiero que piense que soy un psicópata agresivo y despreciable. Es solo que... para mí, pelear es divertido. Es un desafío. Es un deporte. Es un subidón de adrenalina. No es lo que soy. No me define.

—Nos vemos —dice mientras arranca el coche. Doy un paso atrás, deseando que la noche hubiera acabado mejor.

—Sí —susurro mientras se aleja. Observo su coche hasta que las luces desaparecen en la distancia.

El capullo del suelo empieza a gemir mientras se despierta.

—Gracias por nada, gilipollas —digo, pisándole la mano de camino al bar. Él chilla y me maldice durante todo el trayecto. Ni siquiera lo miro.

Vuelvo a la mesa con una ligereza desconocida en el cuerpo. Puede que la noche no haya terminado a la perfección, pero me llevé un beso. El mejor beso de mi vida.

Estoy en una nube cuando me siento mientras otra pelea empieza en la jaula.

Mi mente bulle con ideas sobre cómo recaudar dinero para la biblioteca. Solo quiero arreglarlo todo para Victoria. Quiero que sea feliz. Sonrío de oreja a oreja cuando se me ocurre algo.

—Oye —digo, captando la atención de todos en la mesa—. Se me ha ocurrido una idea para recaudar dinero para la biblioteca. Podríamos subastar citas en el parque de bomberos.

—Paso de eso —dice Ethan, negando con la cabeza.

Mason se cruza de brazos y se ríe con desdén. —Ni de coña.

—Yo tampoco pienso hacerlo —dice Colton.

—Ni yo —dice Doug, dando un sorbo a su cerveza—. Yo ya tengo novia.

Mason se ríe entre dientes. —¿Ah, sí? ¿Quién?

—Victoria —dice Doug, totalmente en serio.

Mason niega con la cabeza y se ríe. Aprieto los puños bajo la mesa.

Doug parece confuso. —¿Qué? ¿Qué es tan gracioso?

—Por si no te habías dado cuenta —dice Mason, señalándome con el dedo—, ha estado hablando con James toda la noche.

—Porque estaba sentado a su lado —dice Doug—. Estaba siendo educada.

—¡La ha acompañado al coche!

—Porque hay gentuza por aquí.

Mason niega con la cabeza, incrédulo. —¿Has visto la cara de James cuando ha vuelto a entrar? ¡Sonreía de oreja a oreja!

Doug frunce el ceño. Por fin empieza a caer en la cuenta. —Pero…

—Es *mía* —digo, para dejárselo claro.

Me mira directamente, incrédulo. —¡Pero yo la pedí primero!

Aprieto los dientes mientras le devuelvo la mirada, dándole una última oportunidad para que lo deje correr.

—¡Tienes que respetar el «pido»! —dice. Joder, este tío no sabe cuándo rendirse.

—¿Lo arreglamos ahí dentro? —pregunto, señalando la jaula mientras lo fulmino con la mirada a modo de advertencia.

Traga saliva mientras mira al tipo al que le están partiendo la cara a puñetazos.

—No, no —dice finalmente, levantando las manos en señal de rendición—. Todo bien. ¡Es toda tuya!

Doy un sorbo a la cerveza mientras lo fulmino con la mirada. —Pues claro que lo es.

CAPÍTULO SIETE

Victoria

Me he levantado temprano para hacer lo que mejor se me da: planificar.

Mientras me tomaba el café esta mañana, he decidido que restauraré la antigua estación de tren para devolverle su antiguo esplendor. He investigado un poco y he descubierto que no era el primer incendio del edificio. Sufrió un incendio devastador hace sesenta y tres años y pasó por una gran reconstrucción, lo que me hace sentir un poco mejor. Mi accidente no ha sido el final de la vida del edificio. Solo será un capítulo más en una larga e ilustre historia que continuará mucho después de que yo me haya ido. Me aseguraré de ello.

También he encontrado al mejor restaurador de la zona. Trabajó en la restauración de la catedral de Notre Dame de París, así que es muy bueno. Lo he llamado y me ha dicho que vendrá a echar un vistazo con su equipo. Aunque no va a ser barato.

Pero, hablando de eso, tengo una idea que creo que podría funcionar.

Respiro hondo y me ajusto la cazadora vaquera mientras me acerco al parque de bomberos. Llevo puesto mi vestido de verano favorito.

Aunque he estado ocupada con toda esta planificación, no he podido dejar de pensar en el beso tan ardiente y alucinante de anoche.

Fue increíble. Me dan escalofríos cada vez que pienso en los sexi labios de James sobre los míos y en esos brazos grandes y cálidos que me rodeaban. No sé qué habría pasado si ese imbécil no nos hubiera interrumpido. Me pregunto si habríamos podido parar o si me habría despertado a su lado.

Respiro hondo, aparto esos pensamientos y abro la puerta del parque de bomberos. Todavía no he entrado en este lugar, aunque lo he estado admirando desde que me mudé aquí. Es un edificio antiguo de ladrillo rojo con grandes ladrillos blancos que enmarcan las puertas y ventanas. Dos grandes puertas de garaje están pintadas de un rojo intenso y sobre ellas está escrito «COMPAÑÍA DE BOMBEROS 38» en grandes letras de acero.

El interior tiene un aire antiguo, pero todo es moderno. Es muy bonito. No me importaría pasar más tiempo aquí...

Me acerco al mostrador vacío de la entrada mientras observo las grandes y sanas plantas y las viejas fotos en blanco y negro de todas las dotaciones pasadas que cuelgan de las paredes de ladrillo. Encuentro la foto más reciente y se me acelera el pulso al ver a James posando con sus compañeros. No sonríe, pero está increíblemente sexi. Pienso en hacerle una foto rápida con el móvil, pero un ruido grave y gutural detrás del mostrador me detiene.

—¿Hola? —digo mientras me acerco. Los dos camiones de bomberos relucientes se ven a través de la gran ventana que hay detrás del mostrador, pero no veo a nadie por aquí.

El sonido continúa. Suena como si alguien roncara.

Miro por encima del mostrador y veo un carlino gordo profundamente dormido boca arriba. Está tumbado en su cama redonda con las patas en el aire, roncando a pierna suelta.

Como no viene nadie a recibirme, me armo de valor y voy hacia la parte de atrás. Sigo las voces graves y masculinas.

Tres de los chicos están sentados a la mesa jugando a las cartas: Doug, Mason y el jefe, el hombre mayor y atractivo que ayudó a

extinguir el incendio de ayer. Ni rastro de James. Intento ocultar mi decepción.

—Hola —digo con timidez.

Todos se giran hacia mí a la vez.

—Oh, hola, Victoria —dice Mason en un tono amistoso—. ¿Sabes jugar al *Exploding Kittens*? Estamos a punto de empezar una partida nueva.

—No he jugado nunca —respondo mientras me acerco.

Doug se levanta de un salto y coge una silla vacía. La coloca junto a la suya. —Puedes estar en mi equipo. Te enseñaré todo lo que necesitas saber para ganar.

—¿Cuándo fue la última vez que ganaste? —pregunta Mason con una sonrisa.

—No me han tocado cartas buenas —dice Doug, fulminándolo con la mirada—. Y lo sabes.

—Ah, claro, es eso —dice Mason riéndose—. La culpa es de las *cartas*.

—¿En qué podemos ayudarla? —pregunta el jefe con una sonrisa afable.

—Creo que busca a James —dice Mason mientras baraja las cartas—. Está arriba, duchándose.

—En realidad, tengo una idea para el parque de bomberos —digo, intentando apartar de mi mente la tentadora imagen de James desnudo en la ducha—. Por desgracia, el seguro no va a cubrir el coste total de las reparaciones de la biblioteca.

Ahora que estoy aquí, empiezo a dudar de mi idea. ¿Es una estupidez? ¿Estoy pidiendo demasiado? Ya me ayudaron a apagar el incendio y ¿ahora les pido que también me ayuden a reconstruir el edificio?

Me quedo aquí de pie, un poco paralizada.

—¿Cuál es su idea? —pregunta el jefe en un tono alentador.

Meto la mano en el bolso y saco la cámara. —Di un par de clases de fotografía en la universidad —les digo—. Estaba pensando que quizá podríamos... hacer un calendario de bomberos... ¿y venderlo para recaudar fondos?

Una amplia sonrisa se dibuja en la cara de Doug. —¿Puedo salir en la portada?

Mason se ríe entre dientes.

—Hum... todavía no se han tomado decisiones sobre el formato —digo, pensando rápido—. Pensaba que podríamos haceros una foto a cada uno, recopilarlas en un calendario y venderlo por internet.

El jefe asiente mientras escucha. —¿Un calendario?

—Sería de forma voluntaria —digo, esperando que eso ayude—. Obviamente.

—Quiero un mes de primavera —dice Doug con una sonrisa—. Seré Mr. Mayo.

Mason se ríe. —Sí, ¿Mr. Mayo cambiar el mes para no tener que ver más a este tipo regordete?

—No estoy regordete —dice Doug, agarrándose un puñado de barriga.

Unos pasos resuenan en la escalera de caracol metálica que hay en la esquina de la gran sala y contengo la respiración cuando veo a James bajar. Lleva un pantalón cargo azul marino y una camiseta del mismo color con el emblema del parque de bomberos. Su pelo está perfectamente peinado y se nota que acaba de recortarse la barba.

Tiene un pequeño hematoma negro bajo el ojo derecho por el puñetazo que recibió anoche, pero no hace más que acentuar su aspecto peligroso, lo cual me pone bastante.

No puedo apartar los ojos de él. Es tan increíblemente guapo que debería ser ilegal.

Las mangas cortas de la camiseta se ciñen a sus bíceps redondos y me encuentro prácticamente babeando ante la sexi visión de los tatuajes que recorren sus brazos.

—James —dice Doug—. ¿Te parezco gordinflón?

James se gira y me ve por primera vez. Tiene la misma expresión de asombro que cuando me vio en el incendio. Me *encanta* su forma de mirarme. Me hace sentir la mujer más guapa y deseada del planeta.

Esos ojos marrones chispeantes no me quitan la vista de encima. Ve la cámara que tengo en la mano, pero no dice nada al respecto. Se limita a mirarme fijamente, estudiándome como si fuera a

acercarse, a echarme al hombro y a subirme por esas escaleras. Me pregunto qué pasaría entonces...

—Victoria ha tenido una idea interesante —dice el jefe—. Quiere hacer un calendario de bomberos para recaudar fondos y reconstruir la antigua estación de tren.

—Voy a salir en la portada —dice Doug con orgullo.

—Tiene que venderle más de un ejemplar a tu madre —dice Mason, riéndose—. Puedes ser el señor Diciembre, así te disfrazamos de Papá Noel y te tapamos la cara con la barba.

—¿Se te ha ocurrido a ti? —me pregunta James.

Trago saliva y asiento, esperando que no le parezca una idea estúpida.

—Me gusta —dice, con una sonrisa alentadora—. Podría funcionar.

La felicidad y el alivio me inundan y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Ahora bien, *él* sí que quedaría bien en la portada. Cualquier mujer de sangre caliente del mundo querría un calendario con él en la cubierta. Pagaríamos las reparaciones de la biblioteca en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Cuándo quieres empezar? —pregunta el jefe.

—Cuando queráis —digo, mirando la cámara. Espero acordarme aún de todos los ajustes, pero creo que sí.

—¿Qué tal ahora? —dice el jefe. Me río. No me lo esperaba. Pensaba que tendría que convencerlos un poco antes de que aceptasen, pero la verdad es que parece un hombre de acción. En cuanto hay un plan, quiere ejecutarlo.

—Yo voy primero —dice Doug, tirando las cartas sobre la mesa y poniéndose en pie—. Me acabo de cortar el pelo, así que es perfecto.

—Ah, ¿fuiste a esa peluquera ciega? —pregunta Mason con una sonrisa de suficiencia.

—¿Qué peluquera ciega? —pregunta Doug, sin pillar la broma.

Miro a James de reojo mientras discuten. Está apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándome sin ningún descaro. Ni siquiera intenta disimular que me está examinando.

Siento que se me sonrojan las mejillas y empiezo a juguetear con la cámara.

Este hombre es muy intimidante. Todavía no me puedo creer que lo besara. Me pregunto si se arrepiente o si quiere volver a besarme.

Doug acaba siendo el primero. Se quita la camisa y se sienta en el parachoques del camión de bomberos con los pantalones de faena y el casco. Justo cuando estamos a punto de empezar a hacer las fotos, el carlino gordo se acerca contoneándose, resoplando y bufando.

—¿Qué tal si cojo a Bubba? —dice Doug mientras lo levanta—. Hará que parezca más delgado.

Me río mientras levanto la cámara y empiezo a disparar. Bubba lame el cuello de Doug y este echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Es una foto genial. Probablemente use esta.

No sé adónde ha ido James, pero de vez en cuando siento sus ojos posesivos sobre mí. Creo que no me pierde de vista.

Hacemos algunas más junto a la barra de bomberos y en la entrada del edificio. La verdad es que las fotos están quedando muy bien. Puede que Doug no tenga unos abdominales de escándalo, pero tiene una sonrisa bonita y transmite una energía agradable. A algunas mujeres les gusta eso.

El siguiente es Graham, el jefe de bomberos. Tiene cincuenta y dos años, es musculoso, lleva una barba poblada y tiene unos ojos azules amables. A las mujeres les va a *encantar*. Creo que la foto ganadora es la que está junto a la chimenea. Graham sale sin camiseta delante del fuego crepitante (que ha encendido solo para la foto) y sonríe mientras asa una nube de azúcar en la punta de un palo largo. Se le ve el tatuaje del emblema del parque de bomberos en el brazo con COMPAÑÍA 38 escrito encima en mayúsculas. Esta va a ser otro éxito.

Me pone nerviosa quedarme a solas con James, así que elijo a Mason para que sea el siguiente. Hacemos unas cuantas fotos por el parque de bomberos, pero la mejor es en la que sale delante del camión con un hacha sobre sus anchos hombros. Está sin camiseta, con unos tirantes rojos que sujetan sus grandes pantalones amarillos de bombero. Su pecho parece enorme y tiene el abdomen definido.

Incluso ha cogido algo de ceniza de la chimenea y se la ha esparcido por el torso y la cara para que parezca que acaba de volver de un incendio.

—¿Tienes novia o mujer a la que pueda enviarles estas fotos? —le pregunto mientras se limpia la ceniza del abdomen con un paño húmedo—. Seguro que le encantaría verlas.

—Te avisaré cuando tenga una —dice con una sonrisa—. Tenlas preparadas, por si acaso.

—Seguro que tienes una después de que salga este calendario —le digo mientras paso las fotos, sonriendo al ver todas las buenas tomas que he conseguido—. Las mujeres van a derribar tu puerta a patadas.

No estoy segura de si esa idea le entusiasma o le horroriza.

Tendré que volver otro día para hacer las de Ethan, Lincoln y Colton. Hoy no trabajan y, por lo visto, se han ido a pescar con mosca a un río.

Un escalofrío de nerviosa emoción me recorre ahora que le toca a James. Lo he pospuesto todo lo que he podido. Él es el siguiente.

—¿James? —digo, sintiendo que se me sonrojan las mejillas mientras sostengo la cámara entre nosotros como un escudo—. ¿Estás listo?

Sus ojos marrones se oscurecen mientras tira las cartas sobre la mesa y se pone en pie. —Soy todo tuyo.

CAPÍTULO OCHO

Victoria

—¿Adónde te gustaría ir? —pregunto mientras se me eriza la piel. El solo hecho de estar en presencia de este hombre me revoluciona por completo.

—A algún sitio donde podamos estar solos —dice James en voz baja.

—Solos está bien —susurro—. Para la foto, quiero decir.

Los chicos están por toda la estación y no veo ningún lugar privado. No estoy segura de lo que hay arriba, pero probablemente haya muchas camas.

—¿Cómo es la azotea? —pregunto.

—Sube y te la enseño.

Me guía hasta la escalera de caracol de metal y subo con el corazón desbocado. Siento su mirada ardiente detrás de mí, así que camino contoneándome un poco al subir las escaleras, moviendo las caderas y el culo para provocarlo.

Pasamos por el segundo piso, que tiene un montón de habitaciones pequeñas con camas pulcramente hechas, y seguimos hasta la azotea.

—Vaya —digo al abrir la puerta y ver las espectaculares vistas. No hay edificios altos en el pueblo, así que desde aquí se ven las

impresionantes montañas de Montana por todas partes. Es sobrecogedor.

Además, aquí arriba es muy agradable y acogedor. Hay un arriate elevado a lo largo de un lado con los tomates más jugosos que he visto en mi vida y cuatro sillas Adirondack colocadas alrededor de una chimenea de propano. Dondequiera que miro hay plantas grandes y sanas y preciosas flores de colores.

—Ethan tiene buena mano para las plantas —me dice James al pillarme mirando a mi alrededor.

—Es precioso aquí arriba.

—Deberías verlo por la noche, cuando están todas las estrellas fuera.

Sonrío mientras me imagino sentada alrededor de ese fuego con este hombre y una botella de vino. —Me lo imagino. Tendrás que invitarme alguna vez.

Su forma de mirarme me hace pensar que haríamos mucho más que mirar las estrellas.

—Bueno, hagamos unas cuantas fotos con las montañas de fondo —digo antes de que el ambiente se caldee demasiado—. ¿Qué te gustaría ponerte?

Se quita la camiseta y la lanza sobre la silla.

—O no ponerte…

Trago saliva con dificultad mientras contemplo todos esos enormes músculos tatuados.

—¿Me pongo aquí? —pregunta mientras se acerca al lugar con la gran montaña nevada a lo lejos.

—Sí —digo, intentando mantener la compostura. El corazón me va a mil, tengo mariposas en el estómago y las mejillas me arden. ¿Seré capaz alguna vez de actuar con normalidad cerca de este hombre?

Empiezo a juguetear con la cámara para que parezca que no estoy perdiendo los papeles, pero lo estoy. Está tan bueno que intimida.

El hecho de que no hayamos mencionado el beso de anoche no lo hace más fácil. Es como si hubiera una nube cargada de tensión sexual flotando sobre nuestras cabezas.

—Venga, compórtate con naturalidad —digo mientras lo miro a través del objetivo. Ay, Dios mío… Es el hombre más sexi del mundo. Podría hacerse famoso después de esto. No me extrañaría que se hiciera viral.

—Así —digo mientras empiezo a disparar sin parar. No sonríe, pero es perfecto. Está mejor con esa mirada intensa—. Genial.

—Siento lo del ojo —dice, señalándose el ojo morado—. ¿Puedes quitarlo con Photoshop?

—Creo que sí —digo, aunque *ni de coña* voy a quitarlo con Photoshop. Le hace parecer mucho más sexi.

Ahora que estoy escondida detrás de la cámara, puedo quedarme embobada mirando su cuerpo todo lo que quiera. Hago zoom en su musculoso brazo y me excito un poco con sus músculos tatuados. El recuerdo de él dominando su pelea de anoche vuelve a mi mente y tengo que hacer un esfuerzo consciente para mantener mi respiración bajo control.

De repente, la sirena del camión de bomberos empieza a sonar a todo volumen en el piso de abajo. James se pone en alerta máxima y yo le hago fotos mientras coge su camiseta y se la vuelve a poner de un tirón.

—¿Hay un incendio? —pregunto mientras corre hacia el borde del edificio.

—No lo sé —dice mientras se asoma—. ¡Jefe! ¡Bajo en un segundo!

Corro a su lado y miro hacia abajo mientras el camión de bomberos sale del parque. Graham está a su lado con todo el equipo puesto y nos mira. Vaya, estos tíos se mueven rápido.

—No te molestes —le grita a James—. Es solo un detector de monóxido de carbono que ha saltado. Quédate al mando mientras lo comprobamos.

Vemos cómo Graham se sube al camión y este se aleja por la calle con las sirenas a todo volumen.

—¿Deberíamos parar? —pregunto, un poco alterada.

James no parece alterado en lo más mínimo. —Podemos seguir.

Ya tengo suficientes fotos de él delante de las montañas. Me gustaría sacar algunas con una temática de fuego.

—¿Quizá podamos hacerte algunas fotos sujetando tu manguera?

Él enarca una ceja. Me he dado cuenta en cuanto lo he dicho.

—¿Quieres que sujete mi manguera?

—Tu manguera *de incendios* —digo, poniéndome roja como un tomate.

—Claro —responde con una sonrisa pícara—. Puedo sujetar la manguera que tú quieras.

Pongo los ojos en blanco, exasperada conmigo misma, mientras lo sigo de vuelta a la planta baja. Esta vez soy yo la que va detrás, así que puedo comérmelo con los ojos sin ninguna vergüenza. Lástima que se haya vuelto a poner la maldita camiseta.

Entramos en la zona principal y nos dirigimos hacia el camión de bomberos que queda. El ambiente está cargado y es eléctrico ahora que estamos solos.

James se gira y me mira con esa sonrisa sexi. —¿Qué tenías en mente?

—No sé —digo, balbuceando nerviosa—. ¿Quizá echarte la manguera al hombro?

La coge y se la echa al hombro como si no pesara nada. —¿Así?

—Mmm… ¿Quizá… quitarte la camiseta?

Sonríe mientras deja caer la manguera. Golpea el suelo con un chasquido seco. Contengo la respiración mientras se quita la camiseta lenta y seductoramente.

Me pilla comiéndomelo con la mirada, pero es tan difícil apartar los ojos. Parece que no puedo evitarlo.

—¿En qué piensas? —pregunta con voz grave y ronca.

—En la iluminación —digo rápidamente—. Me pregunto dónde habrá mejor luz.

—Mientes.

Se me abren los ojos de par en par al mirarlo.

—Estás pensando en el beso —dice mientras se acerca, acechándome como un depredador de la jungla obsesionado con su presa—. ¿A que sí?

—¿Y tú?

Asiente despacio al llegar, alzándose sobre mí, sin camiseta y más ardiente que los infiernos embravecidos a los que se enfrenta

con valentía.

—No he dejado de pensar en ese beso —dice mientras invade mi espacio personal con su enorme cuerpo. Su colonia almizclada me llena los pulmones y un gemido se me escapa de la garganta—. He estado pensando toda la noche en tus labios deliciosos, en tu lengüita sexi y en tu cuerpo ardiente. Apenas he dormido. He soñado con ello. Me he despertado pensando en ello. ¿Y puedo contarte un secreto?

Trago saliva mientras lo miro, con el cuerpo completamente inmóvil. —*Sí*.

—Cuando me he despertado después de ese sueño… —Se inclina hacia mi oído para susurrar—. *Estaba duro como una piedra.*

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo. Se da cuenta.

—¿Quizá te gustaría una foto de eso?

Da un paso atrás y me mira con una sonrisa lobuna.

Me pregunto si puede ver la lujuria en mis ojos. Me pregunto si puede *sentir* el deseo que emana de mí.

Un calor se arremolina en mi centro. El coño me empieza a *palpitar*.

Coge la manguera y se la echa de nuevo sobre el hombro desnudo, sonriendo mientras me mira fijamente. Tengo que inmortalizar *esto*.

Empiezo a disparar sin parar, asombrada de las fotos tan sexis que estoy sacando. Debería haber llenado todo el calendario con fotos suyas.

—¿Soy el único que se desnuda? —pregunta mientras se gira y me muestra su perfil. Trago saliva mientras hago algunas fotos—. No me parece justo.

Tengo tanto calor y estoy tan sofocada que no me importaría quitarme alguna capa de ropa. Me quito la cazadora vaquera y él sonríe encantado. —No te detengas ahí.

—*Tú* eres el modelo —le digo—. *Yo* soy la fotógrafa.

—Tú deberías ser la modelo. Eres jodidamente perfecta.

Mantengo la cámara sobre el ojo mientras mi dedo pulsa rápidamente el botón. Dios, parece que quiere follar el objetivo de la cámara…

Pero no es el objetivo de la cámara lo que quiere follar. Es a mí.

Me quedo sin aliento cuando me alejo para una toma más amplia y veo el bulto descomunal de su larga y dura erección. No mentía. Está duro como una piedra.

Todo mi cuerpo lo *ansía*. Se muere por él. Me duele todo el cuerpo.

—Creo que ya tenemos suficiente con la manguera —digo con voz temblorosa. La deja caer al suelo y aterriza con otro golpe seco.

—¿Quieres ver algo más? —pregunta con esos ojos castaños llenos de brasas, que me recorren de arriba abajo—. *Lo que sea*.

Bajo la cámara y mis ojos llenos de lujuria se fijan directamente en su entrepierna. Intento no mirar ahí, pero mis ojos tienen vida propia y esa vida es muy *sucia*.

—¿Quieres verlo?

—Sí —susurro, incapaz de contenerme.

—Ven aquí y míralo más de cerca —dice con una voz grave y dominante—. Deja la cámara.

Dejo la cámara lentamente y camino hacia él como si estuviera controlando mi cuerpo. Se me hace la boca agua al ver su gruesa cabeza asomando por la cinturilla del pantalón. Es increíblemente *grande*.

Sus poderosas manos tatuadas desabrochan el botón y bajan la cremallera.

Gimo cuando mete la mano y saca su gruesa y dura polla.

Es *enorme*.

Me humedezco los labios y aprieto los muslos mientras la contemplo con asombro. El corazón me late con fuerza. Me hormiguean los dedos. Mi cuerpo me insta a ir hacia él.

No puedo creer que le guste a este hombre. Está duro por *mí*. ¿Qué está pasando?

Agarra su miembro carnoso con firmeza mientras yo doy un tímido paso adelante. La timidez se mezcla con la incredulidad y la lujuria. Se pelean por qué hacer a continuación y la lujuria va ganando por goleada.

—Ven aquí —gruñe con una voz que me provoca un escalofrío por toda la espina dorsal.

Voy hacia él.

—He esperado demasiado para volver a besarte —dice mientras desliza su mano libre por mi nuca. Gimo cuando me la agarra con la fuerza justa para hacerme saber que soy suya.

Gimo cuando siento su boca caliente y húmeda sobre la mía. El beso es aún mejor que el de anoche porque ambos nos morimos por él. Es ardiente y está lleno de pasión y necesidad. Él me mete la lengua en la boca. Yo le meto la mía.

Mi mano se desliza por su duro y cincelado abdomen y, antes de que pueda darme cuenta de lo que está pasando, mis dedos se deslizan arriba y abajo por su tieso miembro.

Suelta su polla, dejándome hacer lo que quiera con ella. La acaricio con suavidad, deslizando las yemas de mis dedos por su suave piel aterciopelada mientras él suelta gemidos agudos y profundos.

Su respiración se vuelve superficial mientras me observa como si yo fuera una diosa del sexo y la belleza. Deseo tanto complacer a este hombre. Es todo lo que quiero.

Me arrodillo lentamente, temblando de emoción nerviosa.

Él observa con esos ojos oscuros y chispeantes cómo abro la boca y lo acojo dentro…

CAPÍTULO NUEVE

James

¿Hay una imagen más excitante que ver a mi chica toda alterada con la mano envuelta en mi polla?

Victoria parece hipnotizada mientras la mira detrás de esas gafas de montura negra, con la mano moviéndose arriba y abajo por mi gruesa verga.

Una gota de líquido preseminal se escapa de mi punta y no puede evitarlo. Se humedece los labios y luego pasa la lengua por encima, gimiendo ante mi sabor.

Respiro con mucha agitación. Apenas puedo creer que esto esté pasando. Es la chica de mis putos sueños y está de rodillas delante de mí.

Le echo hacia atrás su sedoso pelo castaño para poder verla mejor. No quiero perderme ni un segundo de esto.

—Métetela en la boca —gruño mientras le sujeto el pelo con el puño.

Mi polla es una barra de acero. No creo que haya estado nunca tan duro.

Abre esos sexis labios húmedos y gimo al vislumbrar su lengua detrás de sus blancos dientes.

—*Sí* —gimo cuando me la mete en la boca, chupándome el sensible glande—. Esa es mi chica buena.

Es demasiado inocente para esto. Parece un ángel con ese vestido de verano tan recatado. La he corrompido. Estoy mancillando a esta chica virtuosa.

Noto que es virgen. La forma en que me sujeta la polla, la mira, me la chupa... Es su primera vez, lo sé. Y eso lo hace aún más excitante.

No debería estar con un hombre como yo. Peleo en jaulas. Soy adicto a la adrenalina. Ella es una chica dulce que debería estar con algún contable o con alguien aburrido y seguro.

Pero conmigo estará a salvo. Moriré antes de dejar que le pase algo. Seré el protector que esta chica angelical se merece.

Me la introduce más en la boca hasta que sus ojos avellana se llenan de agua. Las lágrimas se deslizan bajo sus gafas y le recorren las mejillas mientras me la chupa con más fuerza. Sé que soy grande, pero ella no se echa para atrás.

—*Oh, joder* —gruño mientras aprieta los labios alrededor de mi grueso miembro y empieza a deslizar la boca arriba y abajo. Su lengua caliente se desliza por mi polla, haciendo que me fallen las piernas.

Nunca tengo suficiente de esta chica. Ahora es mía.

Lo supe después del beso de anoche, pero ahora estoy más que seguro. Esta es la chica para mí.

La posesión recorre mis venas mientras la observo trabajándose mi polla. Su mano se desliza por mis abdominales y hace que sus tetas se muevan de una forma que me resulta irresistible. Hago acopio de todas mis fuerzas para no hacerle el vestido jirones.

—Estás despampanante —digo mientras le deslizo uno de los tirantes por el hombro. Me mira mientras meto la mano en su sujetador y le ahueco un pecho. Su pezón está muy duro. Se me clava en la palma de la mano. Ella pone su mano sobre la mía y me mantiene presionado contra ella.

—Te necesito desnuda —gruño mientras la agarro por la parte delantera del vestido y tiro de él hacia abajo. Sus hermosos pechos redondos salen a la luz, botando libres. Se me hace la boca agua al

ver sus duros y pequeños pezones rosados, pero tendré que esperar para poder probarlos. No voy a parar esta mamada mientras los dos estemos tan metidos en ella.

Le masajeo las tetas mientras se saca mi polla de la boca. Respira hondo un par de veces mientras me la masturba.

—Mírate —gruño mientras me la recorre de la base a la punta—. Vas a hacer que tu hombre se corra.

—*Oh* —gime mientras vuelve a metérmela en la boca, chupándomela hasta el fondo. Quiere saborearme entero. De acuerdo, la complaceré.

El orgasmo llega con fuerza. Me atraviesa como un tren de vapor, ganando velocidad a medida que me la introduce más profundamente.

—*Oh, joder* —gimo al sentirlo avanzar con furia. Aprieto los dientes, echo la cabeza hacia atrás y gruño mientras me corro en la dulce boquita de esta chica.

Gime y solloza mientras lo recibe todo, tragando todo lo que puede. Cuando le lleno la boca con mi corrida, se la saca con un jadeo. Un poco de mi corrida caliente le gotea por la barbilla y sobre sus tetas desnudas.

—Esta es la primera vez que has estado de rodillas para un hombre, ¿verdad, cielo?

Se limpia la comisura de la boca mientras me mira por detrás de esas grandes gafas. —¿Ha estado bien?

—Ha sido increíble —digo mientras el calor del orgasmo me recorre como una droga. Sigue agarrando mi polla dura, sin querer soltarla—. Nunca he sentido nada tan bueno como tu boca en mí.

Sus ojos avellana vuelven a posarse en mi polla. La acaricia lentamente, maravillándose de su tamaño.

Necesito *probarla*. Sé que ese coño virgen está bien húmedo ahora mismo. Lo quiero en mi boca. Lo necesito en mi lengua.

—Ven aquí —gruño mientras la cojo del brazo y la pongo de pie. Soy demasiado brusco al darle la vuelta y empujarla contra el camión de bomberos.

—¿Qué haces? —pregunta con un sollozo mientras pongo la palma de mi mano en la cara interna de su muslo y le abro las

piernas. Le agarro las bragas y se las bajo.

—Voy a tratar a mi chica como se merece —digo mientras me arrodillo detrás de ella—. Levanta el pie.

Levanta los pies de uno en uno mientras le quito las bragas y me las meto en el bolsillo. Ahora me pertenecen. Podré tocarlas y olerlas cada vez que necesite una bocanada de su aroma excitado.

—Agáchate —le ordeno mientras deslizo la palma de mi mano por su espalda y le empujo los hombros hacia abajo—. Sí, justo así.

Su culo redondo queda expuesto frente a mi ansiosa cara. Cojo el bajo de su vestido y lo subo lentamente, revelando sus suaves y redondas nalgas.

Estoy empalmado mientras le cojo el culo y le separo las nalgas hasta que veo asomar sus pliegues húmedos y brillantes. Es de un rosa virginal y está chorreando.

Se me hace la boca agua mientras contemplo su precioso coñito con asombro. Un hambre profunda y primaria se apodera de mí. *Necesito* a esta mujer. Estoy obsesionado con ella.

Respira con dificultad mientras espera a que la pruebe. Lo haré, pero todavía no puedo apartar la mirada. Su coño es la cosa más tentadora que he visto en mi vida.

—¿Todavía eres virgen? —pregunto mientras mi cuerpo palpita.

Me mira por encima del hombro, con los ojos llenos de lujuria. Tiene la boca abierta y esos labios carnosos están húmedos y brillantes. Se nota que se muere de ganas. Está tan a punto y preparada que un solo roce de mi boca va a hacer que se corra. —¿Qué?

—¿Eres virgen, encanto? —gruño mientras me duele la polla—. ¿Soy el primer hombre que te ve así?

—*Sí* —gime mientras menea el culo, intentando tentarme—. Nunca he hecho nada como esto. Eres el único.

Sonrío antes de apretarle el culo y lanzarme hacia adelante. Ella grita demasiado fuerte cuando deslizo mi lengua por su húmeda rajita, separando sus pliegues y saboreando su dulce y suculenta entrada.

Vuelve a gritar cuando hundo mi lengua en su agujerito, saboreando su suave y cálido coño.

—*Oh, joder* —gimotea mientras le lamo y chupo su jugoso coñito —. *Oh, James...*

No me canso. Podría vivir aquí abajo.

Gruñidos carnales y gemidos primarios no dejan de brotar de mí mientras atraigo los calientes labios de su coño a mi boca y los succiono, intentando arrancarle un orgasmo.

—Así me gusta, buena chica —gruño contra su coño—. Apriétate esas tetas para mí.

Se agarra los pechos desnudos y se los masajea mientras yo le deslizo la lengua por la rajita y luego le doy un toque en el clítoris. Se estremece cada vez que le rozo la cara interna de los muslos con la barba.

—¡*Oh*! —grita, revolviéndose y apretando su coño húmedo y caliente contra mi boca.

Le lamo y le doy con la lengua en su duro clítoris hasta que le tiemblan las piernas. Le chupo ese bultito hinchado de nervios, adorando los pequeños sonidos sexis que hace.

Esta chica es para mí. No me canso de ella.

Voy a preñar a esta dulce chica muy pronto. Va a andar por ahí con mi hijo creciendo dentro de ella.

Tiembla tanto que el vestido se le vuelve a caer. Se lo subo de un tirón, le agarro los muslos y pego su coño a mi boca voraz.

La devoro sin piedad hasta que finalmente se rinde a mí. Echa la mano hacia atrás, me agarra el pelo con el puño y casi me lo arranca mientras grita de placer, corriéndose por toda mi boca.

Hundo la lengua en su agujero virgen mientras sus cálidos jugos se derraman por mi barba.

Es el primer orgasmo que le provoco. El primero de millones.

Puede darlo por hecho.

No pasará un día sin que mi boca hambrienta esté entre sus piernas. Voy a tratar a este dulce coñito con todo el cuidado y la admiración que se merece. Voy a venerarlo.

Está temblando cuando por fin aparta su coño de mi boca. Yo estoy de rodillas, observándola con la polla dura como una piedra mientras ella se apoya en el camión de bomberos para recuperar el

aliento. Se tapa los ojos con la mano, incapaz de procesar todo el eufórico placer que corre por sus venas.

Mis ojos insaciables recorren sus pechos desnudos, donde mi corrida aún brilla sobre su piel, y bajan hasta sus piernas temblorosas. Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida. Es extraordinaria.

Es perfecta.

Y es mía.

Sé que no se puede poseer a otra persona, pero mi alma está poseyendo la suya, igual que la suya posee la mía. Somos uno. Al menos, lo seremos cuando deslice mi polla dura en su apretado coñito.

Agarro mi miembro embravecido y me pongo de pie. Sus ojitos sexis se clavan directamente en él mientras intenta recuperar el aliento.

—Vamos a...

El pesado sonido de un camión de bomberos bajando por la calle me interrumpe.

—Joder —gruño mientras el estruendo se hace más fuerte.

Victoria jadea mientras se sube el vestido por encima de las tetas. Gimo cuando esos hermosos pechos desaparecen de mi vista.

—¿Dónde están mis bragas? —pregunta mientras mira a su alrededor, presa del pánico.

Están en mi bolsillo, pero no pienso decírselo.

—No estoy seguro —digo, mirando a mi alrededor.

—¡Mierda! —dice ella cuando la gran puerta del garaje empieza a abrirse.

Corre hacia su cámara, la mete en el bolso y se dirige a la puerta trasera.

—¿Te vas? —pregunto, sintiendo una punzada de amarga decepción.

—Yo... —Me mira por un instante, pero entonces aparece el camión de bomberos con los chicos dentro, se da la vuelta y sale disparada por la puerta, dejándome solo.

Solo y anhelante, con la polla dura como una piedra y un peso en el pecho.

CAPÍTULO DIEZ

James

Estoy en casa cortando leña, intentando desfogar toda esta energía intensa que me corre por las venas. Cojo un trozo grueso y lo pongo en el tajo.

—Maldita sea —susurro mientras contemplo el impresionante lago. Un colimbo se desliza sobre el agua en calma, entonando un canto lúgubre. Todavía no puedo creerme que nos hayan vuelto a interrumpir esta tarde.

Los chicos volvieron y mi chica salió corriendo del parque de bomberos antes de que yo terminara con ella. Ni siquiera tuvo tiempo de buscar sus bragas, que todavía llevo metidas en el bolsillo.

Las saco mientras miro el lago, me las llevo a la nariz e inspiro profundamente. El cálido y sensual olor de su coño me llena los pulmones y me hace sentir un poco mejor.

Cuando me he saciado, me las guardo de nuevo en el bolsillo y cojo el hacha. La descargo con un gruñido feroz, partiendo el grueso tronco en dos.

Estoy empezando a sudar, así que me quito la camiseta y continúo, descargando mi frustración en esta leña.

He cortado medio roble cuando el pequeño coche azul de Victoria aparece por mi largo camino de entrada, haciendo crujir la gravilla.

Hundo el hacha en el tajo con un gruñido y me acerco mientras aparca.

Me quedo embelesado mirándola mientras apaga el coche y abre la puerta. Está aquí. No puedo creerme que esté aquí.

—Siento aparecer sin avisar —dice mientras sus tímidas mejillas se sonrojan. No tiene que disculparse por aparecer. Quiero estar cerca de ella tanto como pueda. Si por mí fuera, estaríamos encadenados el uno al otro.

—He llamado a Graham y me ha dado tu dirección —dice mientras mira a su alrededor, a mi aislada casa de troncos junto al lago—. Es preciosa, por cierto. Bueno, que he impreso tus fotos y quería revisarlas contigo para elegir la mejor.

—¿De verdad has venido por eso? —le pregunto mientras voy hacia ella.

Traga saliva con dificultad mientras me ve acercarme.

—No —dice al cerrar la puerta del coche—. Quería...

—¿Terminar lo que hemos empezado?

Sus ojos color avellana adquieren ese brillo sexi y lujurioso mientras me mira el pecho y los brazos desnudos. Su mirada baja hasta mi polla, delatando para qué ha venido en realidad.

—Sí —susurra—. No me gusta que nos interrumpan continuamente.

Me acerco a ella con la polla endureciéndose. Toda esa necesidad insaciable y ese deseo intenso vuelven con fuerza, arremolinándose a nuestro alrededor mientras nos miramos fijamente a los ojos.

—Mi vecino más cercano está a veinte minutos a pie montaña abajo —le digo con una voz grave y gutural—. Libro los próximos dos días. Entremos y no nos volverán a interrumpir.

Esos labios sexis se curvan en una sonrisa.

Me agacho y la cojo en brazos. Chilla cuando la echo sobre mi hombro y la llevo hasta la puerta.

Mi mano le agarra el culo y me pregunto si su coñito apretado está tan húmedo como antes. Estoy a punto de averiguarlo.

La subo por las escaleras y la llevo directamente a mi dormitorio. Suelta un ruidito sexi cuando la lanzo sobre la cama. Sigue sin llevar bragas y el vestido se le sube, dejando a la vista sus labios rosados y relucientes. Lo miro fijamente con la polla dolorida, sintiéndome más posesivo por ese coño virgen de lo que me he sentido nunca por nada en mi vida.

Es mío. Me pertenece a *mí*.

Lo quiero envolviendo mi polla.

—Quítate ese vestido —le ordeno mientras me quito los zapatos de una patada y me desabrocho el cinturón. Ella se pone de rodillas y se quita el vestido con un movimiento sinuoso mientras yo me bajo los pantalones y los calzoncillos. Me los quito de una patada, me cojo la polla dura y me subo a la cama.

Parece un poco tímida e insegura ahora que está desnuda.

—¿Cómo deberíamos...?

Simplemente voy hacia ella, le cojo la nuca y le beso la boca con fuerza, como si la reclamara para siempre.

Se ablanda contra mí y toda esa tímida nerviosismo se desvanece y se convierte en deseo. Me devuelve el beso mientras me pasa la mano por el estómago y me coge la polla. Gimo en su boca cuando la aprieta.

Me encanta que sus manos me toquen. Es la sensación más increíble del mundo.

Me la acaricia mientras le beso la cara y el cuello, pero los preliminares ya nos los hemos quitado de en medio antes. Estoy listo para hundirme en lo más profundo de mi chica y, por la forma en que gime, sé que está pensando lo mismo.

La rodeo con el brazo, giro su cuerpo y la tumbo de espaldas en la cama. Nos miramos fijamente a los ojos mientras me coloco entre sus piernas abiertas. Mi polla cae sobre su montículo húmedo y ella suelta un siseo cuando siente lo duro que estoy.

Es despampanante. Su pelo castaño está desparramado sobre la almohada. Sus pechos desnudos suben y bajan con fuerza mientras me agarra los brazos como si se estuviera asegurando de que no voy a dejarla. Esta chica es un ángel inocente y eso solo hace que la desee aún más.

Cojo la gruesa base de mi polla y deslizo la cabeza por sus pliegues. Gime y cierra los ojos cuando encuentro su agujero virgen y aplico un poco de presión.

—*Oh, James* —gime mientras me abro paso en su interior, tomándole la virginidad.

Intento ir lo más despacio que puedo, pero una necesidad carnal de preñar a esta mujer se está apoderando de mí y es casi imposible parar. Mis caderas empujan hacia delante, deslizando mi gruesa polla en su túnel sedoso centímetro a centímetro.

Mi pelvis golpea su clítoris hinchado y ella suelta un grito ahora que la estoy llenando por completo.

Es la gloria. Su coño caliente se enrosca alrededor de mi polla, apretándola con una fuerza demencial.

Le recorro un pecho con la mano y luego le sujeto la cara. Me chupa el pulgar cuando se lo paso por los labios.

—Te noto tan bien, encanto —gruño mientras su coño se contrae a mi alrededor—. Eres increíble.

Empiezo a balancear las caderas, moviendo la polla dentro de ella. Suelta un gemido mientras mi grosor la ensancha.

—*Oh*, *James* —gime cuando me retiro, dejando solo mi enorme glande dentro. Miro hacia abajo y suelto un gruñido ante la sexi imagen de la crema de su virginidad cubriendo el cuerpo de mi polla —. Tu polla es *enorme*.

No puedo evitar sonreír mientras la empujo de nuevo dentro de ella. Me agarra los brazos cuando empiezo a embestirla con pasadas firmes y constantes.

Se ha dejado las gafas puestas para poder observarme sobre ella con todo detalle. No quiere perderse nada.

La beso en la boca abierta mientras mis embestidas se vuelven más duras, profundas y rápidas. Me rodea con las piernas y empuja hacia atrás cada vez que yo empujo hacia delante.

—¿Te gusta eso? —gruño mientras acelero el ritmo—. ¿Te gusta sentir esa polla tan grande dentro de ti?

—Sí —gime mientras me pasa las manos por el pelo—. Joder, me *encanta*.

Sus lloriqueos y gemidos empiezan a ser más fuertes y agudos. Empieza a tomar respiraciones cortas y descontroladas. Mi pequeña virgen está a punto de correrse.

Le rodeo la pierna con el brazo y la embisto con fuerza y rapidez, atrayendo su cuerpo hacia el mío cada vez que me hundo en ella.

Grita mientras su bonito coñito se corre sobre mi polla dura. Gruño al sentir cómo se aprieta a mi alrededor, estrujándome con tanta fuerza que no puedo respirar.

La follo mientras dura hasta que jadea y se retuerce en la cama con una fina capa de sudor brillando en su pecho. Le paso la lengua entre las tetas, saboreando su esencia salada.

Necesito ver el cuerpo celestial de esta chica desde todos los ángulos. Necesito verla en todas las posturas.

Jadea de la sorpresa cuando saco la polla de su cálido coño.

—No pasa nada —digo mientras cojo su cuerpo tembloroso y la coloco a cuatro patas—. Todavía no te dejo.

Se estremece cuando agarro mi polla mojada y la hundo de nuevo en ella.

—No pienso dejar este coño nunca. Ahora es mío.

Ella inclina la cabeza y gime mientras empiezo a follársela por detrás, hundiendo mi dura polla *hasta el fondo* de su agujero virgen. Le estoy agarrando las nalgas y dándole lo suyo de verdad. Preñar su cuerpo dulce y maduro es lo único que tengo en mente ahora mismo.

Quiero llenar su vientre con mi semilla. Quiero ser suyo para siempre.

—Eso es —gruño mientras le aprieto el culo con tanta fuerza que dejo las huellas rojas de mis dedos en su suave piel. La cama se sacude de un lado a otro mientras le meto la polla—. Córrete otra vez en mi polla. Deja que ese coñito entre en erupción.

Empieza a gemir como antes, solo que los gemidos son más profundos y fuertes. Noto que está a punto de explotar.

Hundo mi polla en carne viva en ella a un ritmo temerario, sujetándole el culo mientras estoy a punto de correrme.

—*Joder* —gruño cuando me llega el orgasmo. Ella grita mientras su orgasmo la posee al mismo tiempo.

Le agarro el culo, embisto hasta el fondo y rujo como una bestia salvaje mientras cada gota de mi semen sale de mí e inunda su vientre expectante.

La intensidad me sacude con fuerza. Me aferro a su cuerpo tembloroso mientras mi cabeza se marea y mi corazón se acelera.

Ahora es mía. Es toda jodidamente mía.

No necesito nada más si la tengo a ella. Ella es el final del camino para mí. Es todo lo que necesito.

Mi polla mojada se desliza fuera de ella mientras me derrumbo en la cama. Ella se deja caer a mi lado con un gemido, con los ojos cerrados y las gafas torcidas sobre su hermoso y apacible rostro.

Paseo mi mirada, satisfecha y feliz, por la curva de su espalda y sobre su culo redondo, todavía sin creerme que he encontrado a la chica de mis sueños.

Nunca lo daré por sentado, eso seguro.

Y nunca la dejaré marchar.

CAPÍTULO ONCE

Victoria

Supongo que se ha corrido la voz de que soy la chica de James, porque nadie me dice obscenidades ni me lanza miradas lascivas cuando entro corriendo en The Cracked Barrel Saloon para la Noche de Lucha.

Sé que es noche de chicos, pero no puedo evitarlo. Acabo de recibir el primer calendario y tengo que enseñárselo a los chicos. Están incluso más entusiasmados que yo.

Dos tipos de mediana edad se están dando de puñetazos en la jaula mientras corro hacia la mesa de siempre de mi chico, en la parte delantera, con el calendario apretado contra el pecho. No miro la pelea. En lugar de eso, miro a James, sentado ahí, completamente relajado. Ya no pelea, cosa que me alegra. Dice que, desde que me conoció, no siente la necesidad de meterse en la jaula. Me ha dicho que soy toda la adrenalina que necesita.

¿A que es tierno?

Su cara se ilumina cuando se gira y me ve. —¿Victoria, qué haces aquí?

—Siento aguaros la noche de chicos —digo, sin querer ser *esa* clase de chica—. Pero me ha llegado el calendario.

—¡¿Ah, sí?! —dice Mason, animándose. Todos centran su atención en mí mientras lo dejo sobre la mesa.

—¡¿Cómo es que no salgo en la portada?! —dice Doug, indignado —. ¡Yo la pedí primero!

—Insisto, necesitamos que lo compre alguien más que tu madre —dice Mason con una risa—. Creía que ya habíamos hablado de esto.

—James solo ha salido en la portada porque está saliendo con la fotógrafa —dice Doug, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, claro, por *eso* —dice Mason con una risa.

Cualquiera que viera el calendario sabría por qué James está en la portada. Es el hombre más sexi del mundo. Esos tatuajes, esos brazos, esos ojos... Me apetece tenerlo para mí sola ahora mismo.

Ethan coge el calendario y lo hojea hasta que llega a su foto de agosto. Sonríe cuando ve la imagen de sí mismo apoyado en la puerta abierta del camión de bomberos. —Joder, qué bueno estoy.

—Solo sois seis, así que os he puesto a cada uno dos veces —digo cuando Ethan ve su segunda foto en noviembre.

Doug pasa a su segunda foto, en mayo. Sonríe al verla. Es la de él rociando el extintor. Se volvió un poco loco con él en el parque de bomberos y montó un buen lío, pero la foto ha quedado bien.

—Señor Mayo —dice con una sonrisa de satisfacción.

Mason se inclina para mirar y probablemente soltar una broma, pero en vez de eso le da una palmada en la espalda a Doug mientras asiente. —Sales muy bien, señor Mayo.

La sonrisa de Doug se ensancha.

—¿Otro vino blanco caliente? —pregunta la camarera con voz áspera al acercarse.

—No, gracias —digo educadamente—. Me voy enseguida.

—¿Qué es eso? —pregunta al ver el calendario.

Se lo cojo a Doug y le enseño la sexi portada. —El calendario de los bomberos. Parque 38. Solo veinticinco dólares.

Saca un fajo de billetes de su delantal y separa varios de veinte. —Me llevo cuatro. A mi hermana le encantará.

—¡Sí! —digo, levantando el puño mientras cojo el dinero—. Tengo más en el coche.

Salgo a toda prisa y corro hacia el maletero. Esto va a funcionar. Sé que sí. Ya he creado una página web y he contactado con varias páginas para promocionarlo. Ya tengo setecientos seis pedidos anticipados que tengo que enviar este fin de semana.

Voy a arreglar esa biblioteca aunque me cueste la vida.

—¿Solo estoy en la portada porque nos acostamos?

Me doy la vuelta y me río entre dientes al ver a James caminando hacia mí. —Estás en la portada porque esa es la foto más sexi de la historia de la fotografía.

Se acerca directamente a mí y pone su mano fuerte y posesiva en mi cintura. Me da un escalofrío. Siempre me da escalofríos.

—Deberías haber elegido la de mi manguera —dice con una sonrisa pícara.

—Esa es solo para mí.

—¿Qué tal si vienes a mi casa y la recreo para ti?

Sonrío mientras cojo rápidamente los tres calendarios y cierro el maletero de un portazo. —Deja que entregue estos y allí estaré.

Me observa con esos ojos oscuros y protectores mientras vuelvo corriendo al bar para darle a la camarera sus ejemplares.

Todavía no me puedo creer que esté con James. Han pasado tres meses y hemos pasado casi todas las noches juntos. Prácticamente he abandonado mi pequeño apartamento en la ciudad y me he mudado a su gran casa frente al lago.

Nos llevamos muy bien. Me trata como a una princesa durante el día y como a su pequeña putita traviesa por la noche.

Mis novios de los libros están todos celosos. No he pensado en ellos ni una sola vez.

No hay necesidad con James y su manguera gigante en mi vida.

Mi sexi bombero de portada es todo lo que necesito.

EPÍLOGO

Victoria

Un año después...

—Esto es adorable —dice Lauren mientras observamos la hora del cuento embelesadas. Cynthia, la hija de Lauren, está sentada con los demás niños delante de James. Él está leyendo un libro sobre bomberos mientras lleva puestas la chaqueta y el casco. Los niños lo miran con admiración.

Las madres también. Lo observan desde un lado y no creo que ninguna de ellas le haya quitado el ojo de encima a mi hombre desde que abrió el libro. *Bud, el bombero* es un buen libro, pero no es para *tanto*.

Soy tan feliz. Por tener a mi hombre, por tener la biblioteca infantil restaurada, por tener a toda esta gente maravillosa en mi vida. Me siento tan afortunada.

—Lo has hecho genial —susurra Gabby mientras se acerca para ponerse a mi lado.

—No sé si genial —digo con una risita—. Para empezar, yo fui la que causó todo este desastre.

—Fue un *accidente* —dice, como me ha repetido mil veces durante el último año—. Y lo has sacado adelante. Mira este sitio. Es

precioso.

La verdad es que ha quedado increíble. Encontré a los mejores especialistas en restauración del sector y pudieron recuperar gran parte de los materiales originales. Limpiaron todo el hollín de los ladrillos con agua a presión y los volvieron a colocar en el exterior; y mucha de la madera vieja que pudimos salvar se lijó, se tiñó y se reutilizó para el interior. Era sobre todo roble viejo y caoba, que son bastante resistentes al fuego, cosa que me alivió mucho descubrir.

La reconstruyeron para que tuviera el mismo aspecto, hasta el más mínimo detalle, incluida la emblemática entrada y los coquetos rincones de lectura. Gabby y yo elegimos todos los libros que había que volver a comprar. Tardamos mucho en organizar las estanterías, pero el sistema es mejor ahora. Gabby tiene un cerebro más creativo y artístico, y yo lo tengo más sistemático y analítico. Hacemos un buen equipo.

El calendario fue un éxito *rotundo* y recaudamos un dineral. Fue suficiente para pagar el resto de las reparaciones. Vamos a hacer otro este año y donaremos los beneficios a la caridad. Ya sé quién va a estar en la portada.

—Y vivieron felices y comieron perdices —dice James, cerrando el libro con una sonrisa—. Fin.

Un montón de manitas se levantan de golpe.

—¿Sí? —dice James, señalando a Liam, un niño adorable de cuatro años que está en primera fila—. ¿Tienes una pregunta?

—¿Qué haces si te llaman en mitad de una caca? —pregunta Liam.

Todos los adultos se ríen, pero Liam lo dice muy en serio. Le gustaría saberlo.

—*Liam* —dice Joanne, la madre de Liam, mientras se le sonrojan las mejillas.

—No pasa nada —dice James con una sonrisa—. Terminas, te limpias y corres al camión.

Liam asiente, con aire satisfecho por la respuesta.

Me encanta ver a James con los niños. Ya ha hecho la hora del cuento tres veces y siempre es un éxito. Es increíble que un hombre

tan grande, intimidante y poderoso pueda ser tan dulce y tierno conmigo y con los niños. Me encanta eso de él.

Me emociona mucho pensar en contarle mi secretito.

Esta misma mañana he descubierto que estoy embarazada.

—¿Por qué tenéis un carlino como perro bombero? —pregunta Cynthia—. Se supone que los bomberos tienen esos perros blancos con manchas negras.

—Como Marshall —dice Liam, asintiendo.

—¿Marshall? —pregunta James, confuso.

—De *La Patrulla Canina* —explica Cynthia.

—Ah —dice James, asintiendo. Dentro de poco se sabrá todos los nombres de los dibujos animados...

—Alguien dejó a Bubba en nuestra puerta cuando era un cachorro —explica James. No había oído esta historia, así que estoy tan expectante como los demás—. Era invierno y hacía frío, así que lo metimos dentro enseguida. Se quedó dormido delante de la chimenea y nunca se ha ido.

Todos los niños empiezan a hablarle de todos los perros que conocen, y como esto puede alargarse eternamente, doy un paso al frente para terminar la hora del cuento.

—Oooh —se quejan los niños mientras James me entrega el libro y se levanta.

—¿Puedes volver la semana que viene? —le pregunta Liam.

—¿Va a estar la señorita Hester? —pregunta él, sonriéndome.

—La señorita Hester *siempre* está aquí —dice Cynthia. Es *posible* que crea que vivo aquí.

—Entonces, vendré —dice James, y todos los niños vitorean.

—Antes de terminar la hora del cuento —dice Lauren sonriendo mientras saca una bolsa de regalo—, tenemos un regalito para ti, ya que has trabajado tan duro para restaurar la biblioteca.

—¿Un regalo? —digo, con un nudo en la garganta.

—Para ti —dice Lauren mientras me entrega un sobre. Es una tarjeta preciosa llena de mensajes escritos a mano de todos los habituales que vienen a la biblioteca. Dentro hay un vale para un día de spa en el Greene Mountain Lodge. Lauren es la gerente de allí,

así que sé que me espera un largo y relajante día de mimos. Qué ganas.

—Y para la biblioteca —dice, entregándome la bolsa—. He hecho que mi marido rico lo compre —susurra con un guiño.

Me quedo boquiabierta cuando meto la mano y saco un impecable ejemplar de la primera edición firmada de *La telaraña de Carlota*. —¿Dónde lo has conseguido? —pregunto, mirándolo maravillada.

—Se lo compramos a un coleccionista de libros —dice, radiante de entusiasmo—. Solo quedan dos en el mundo y la Biblioteca Infantil de Greene Mountain tiene uno de ellos.

—No sé qué decir. —Se me llenan los ojos de lágrimas al ver todas las cálidas sonrisas que me rodean—. Muchísimas gracias.

—Provoqué un incendio en el albergue en mi primer mes de trabajo —dice Lauren entre risas—, así que sé lo que se siente.

Le doy un fuerte abrazo. No me lo puedo creer.

Es una tarde maravillosa. La mejor que he pasado aquí.

Pero al poco tiempo, ya se han sacado todos los libros y las madres y los niños vuelven a casa en coche. Solo quedamos James y yo, y falta una hora para cerrar.

—Deberías cerrar antes —dice mientras se acerca a mi lado y desliza la mano por mi cintura. Me llega una bocanada de su colonia mezclada con el olor a humo de su equipo. Esa combinación siempre me vuelve loca—. Podemos escondernos en uno de esos rincones y tener nuestra propia hora del cuento, edición erótica.

Me alejo de él antes de que me excite tanto que no sea capaz de decir que no. Y no hace falta mucho para eso.

—No podemos —digo, deseando desesperadamente que pudiéramos—. Tengo la reunión del club de lectura para preadolescentes en diez minutos.

Los cuatro chavales a los que pillé fumando se sintieron tan mal por el incendio que fueron los primeros en apuntarse a mi nuevo club de lectura. Sé que solo se apuntaron por sentimiento de culpa, pero no me importa. En realidad, están disfrutando de los libros que les di, ¡y esta semana he conseguido que se apunten tres más!

—¿Y qué vamos a hacer hasta entonces? —pregunta James, recorriéndome con su mirada ardiente. Parece que me está imaginando desnuda.

—¿Qué te parece si te cuento un cuento para la hora del cuento? —propongo.

Se apoya en el mostrador y se cruza de brazos.

—¿Un cuento sobre qué?

—Un cuento sobre una chica que encontró al amor de su vida —respondo mientras me acerco a él.

—Ya me has enganchado —dice con una sonrisa.

—Empezó cuando consiguió el trabajo de sus sueños y se mudó a Montana —continúo mientras voy hacia él. Me rodea con sus brazos cálidos y reconfortantes y me hundo en su abrazo, adorando la sensación de seguridad que me da—. Y esta chica no tardó en quemar el edificio y perder el trabajo de sus sueños. Pero de las cenizas, encontró al hombre de sus sueños y pasaron un año maravilloso juntos, el mejor año de su vida. Y próximamente, en el segundo capítulo de su épica historia de amor, se les unirá un pequeño bebé adorable.

Sus brazos se tensan. Se aparta, mirándome conmocionado.

—¿Estás embarazada?

Sonrío con timidez.

—Sorpresa.

Grita de alegría mientras me coge en brazos y me hace girar, loco de contento. Nunca lo he visto tan feliz.

—¡No me lo puedo creer! —exclama mientras me mira con asombro—. ¡Vamos a tener un bebé!

Me acuna las mejillas con las manos y acerca su boca a la mía.

Es el momento más feliz de mi vida. Se me llenan los ojos de lágrimas. Sus ojos castaños también están llorosos.

—Vamos a tener un bebé —repite, como si saboreara la idea—. Te quiero muchísimo.

Vuelve a besarme y el beso sabe a lágrimas de felicidad.

No puedo creer que vaya a formar una familia con este montañero y bombero sexy.

Debo de ser la chica más afortunada del mundo.

EPÍLOGO

James

Treinta y cinco años después…

—Ven por aquí —le digo al amor de mi vida mientras remo alrededor de la isla.

—Pero si todo el mundo va en esa dirección —dice Victoria, mirándome por encima del hombro. Señala al enorme grupo de nuestros hijos y nietos que avanzan por el gigantesco lago en canoas, kayaks y tablas de surf de remo. Nosotros vamos detrás, de pie en nuestras dos tablas, siguiéndolos.

—Confía en mí —digo con una sonrisa—. Quiero decirte algo.

Victoria parece escéptica, pero me sigue. Este lado de la isla está apartado y no hay más que árboles, pájaros y ranas para ver lo que tramamos.

La familia se ha quedado en nuestra casa durante el puente y me está volviendo loco. No he tenido ni un momento a solas con mi mujer en todo este tiempo.

Lleva todo el día en bikini y esa imagen me ha estado trayendo por la calle de la amargura.

—Bueno, ¿qué querías decirme? —pregunta cuando estamos solos, con la isla entre nosotros y el resto de la familia.

¿Qué puedo decirle a esta mujer que no le haya dicho ya?

Es el amor de mi vida. Aquella a la que adoro. Llevamos tres décadas y media juntos y cada día ha sido mágico.

Cuatro hijos maravillosos, seis nietos preciosos, y los que vengan. No puedo creer la vida tan increíble que hemos construido.

Ahora estoy jubilado y me paso los días deseándola. No necesitamos el dinero, pero Victoria todavía trabaja a tiempo parcial en la biblioteca infantil porque es su pasión y le encanta.

Yo sigo con mi lectura semanal para los niños, aunque retiré mi casco y mi uniforme de bombero hace mucho tiempo.

La única vez que lo saco es cuando mi juguetona esposa está de humor para interpretar papeles.

—¿Y bien? —dice con una sonrisa mientras mantiene el equilibrio en su tabla de surf de remo—. ¿Qué querías decirme?

Siento que el fuego del deseo se intensifica en mi interior mientras acerco mi tabla a la suya. —Quería que supieras que ese bikini te queda *de infarto*.

Se le sonrojan las mejillas. Me encanta que todavía pueda hacer que se ruborice.

—¿*Eso* es lo que querías decirme?

Suelto un gruñido posesivo mientras la repaso con la mirada. Ese cuerpo fuerte ha albergado a cuatro de mis hijos. ¿Hay algo más sexi?

—Te deseo —digo mientras la alcanzo.

Se ríe cuando nuestras tablas chocan y ambos nos tambaleamos, intentando no caernos.

—¡Vas a hacer que nos caigamos! —dice, riendo—. Eres un salvaje.

—Soy un salvaje por ti —digo con voz grave—. ¿Qué tal si vamos a esa pequeña isla y nos devoramos el uno al otro hasta que todos se vayan?

Se ríe y pone los ojos en blanco mientras me coge la mano. —Sí, claro, *eso* les sentaría de maravilla. Se van todos esta noche. Puedes devorarme entonces.

—No puedo esperar —digo mientras recorro con mis ojos hambrientos sus pechos redondos y sus muslos robustos. Esta

noche, haré que se ponga este bikini de nuevo para poder quitárselo con los dientes.

—Pues vas a tener que hacerlo.

—¿Me das un beso para ir tirando?

Sonríe mientras se inclina con cuidado hacia delante. Yo también me inclino, pero las tablas son demasiado inestables y ambos perdemos el equilibrio.

Victoria grita mientras nos zambullimos en el lago.

Los dos nos reímos al salir a la superficie, empapados hasta los huesos.

Nado hasta su tabla de surf de remo y me agarro mientras me inclino para besarla. Cierra los ojos cuando mi boca se une a la suya.

Mmmmmmm.

Me *encanta* besar a esta mujer.

Esta noche voy a besarla por todas partes.

Y no habrá nadie en kilómetros a la redonda para oírla gritar de placer…

El fin.

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Killian
Heartlands MC
Libro 1
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

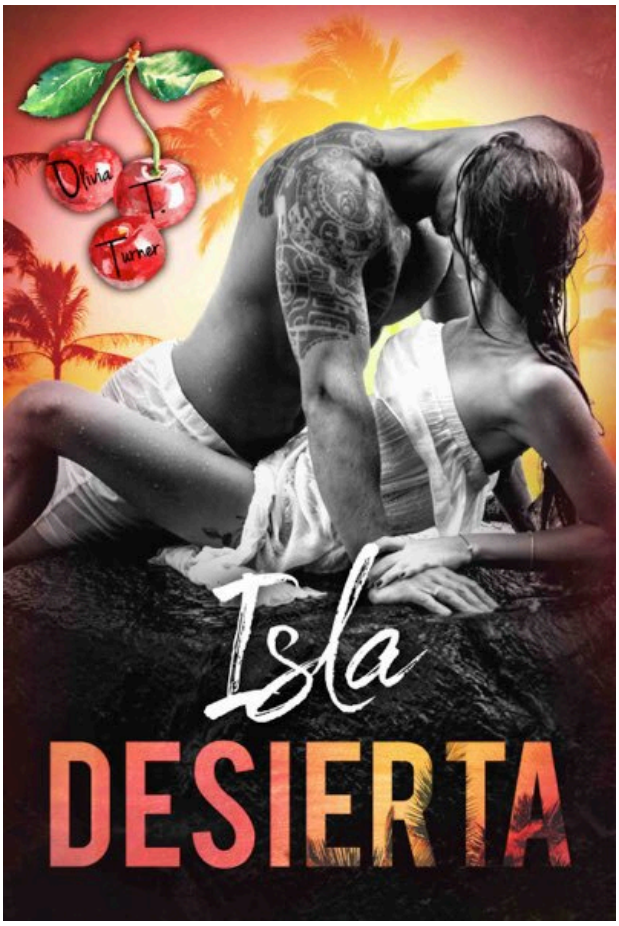
No hay nadie más prohibido para mí y para la banda de Heartlands que la hija del Sheriff.
Pero una vez que la veo, sé que no hay nada que no haría para hacerla mía.
Y sé que no hay nada que el Sheriff no haría para detenerme.
Todo el mundo siempre me ha visto como un forajido.
Un criminal. Un ladrón.
Pero ella no.

Ella ve el gran corazón bajo mi duro exterior.
Ella ve al hombre que podría ser.
Quiero ser ese hombre para ella, pero es difícil cuando las bestias de mi pasado vienen a llamar.
Cuando hay deudas de sangre que pagar.
Y cuando su padre quiere mi cabeza en una pica por tocar a su princesa.
Con suerte, el amor es más fuerte que las balas...
Porque voy a tener muchas dirigidas hacia mí.

Los machos alfa del Club de Moteros Heartlands son los hombres más posesivos, devotos y territoriales del país cuando se trata de aquellos a quienes aman.

Heartlands es una nueva serie áspera y robusta de historias independientes. Cada libro hará rugir tus motores y acelerar tu corazón. Garantizado.

Obtén el libro aquí



Isla Desierta
Amantes Náufragos
Libro 1
Olivia Turner

Obtén el libro aquí

Llevo ocho años varado en esta isla desierta.
Ocho largos años comiendo la misma comida, paseando por la misma playa, mirando los mismos árboles todo el día.
Ha sido un soberano aburrimiento.
Pero todo cambia cuando una preciosa joven llega a mi orilla.
Su avión se estrelló en el océano.
Ahora está varada en la isla.
Esta es mi isla y eso significa que me pertenece.

No volveré a aburrirme nunca más.
No con esas deliciosas curvas y ese bonito rostro.
Esta isla desierta se acaba de volver mucho más interesante.
Con ella aquí, se acaba de convertir en un paraíso.

Bridget está a punto de descubrir el verdadero significado del paraíso cuando llega a una isla desierta, hogar de un enorme y gruñón macho alfa que le echa un vistazo y la reclama como suya. Una pequeña y divertida escapada, con doble virginidad. ¡A disfrutar!

Obtén el libro aquí
